



BOLSILIBROS
EASA

F. B. I.
selecciones
policíacas



**REQUIEM
POR UN G-MAN**

**Donald
Curtis**



SELECCIONES
F.B.I

REQUIEM POR UN G-MAN

Donald Curtis

SELECCIONES F.B.I

DONALD CURTIS Derechos reservados por: EDITORIAL ANDINA;
S. A. Polígono Industrial de Pinto PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero Publicación semanal Aparece los viernes I. S. B.
N. 84-06-00720-6 Depósito legal: M. 12.585-1977
Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32 Fuenlabrada (MADRID)

EDITORIAL ANDINA, S.A.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

SE incorporó. La camisa se adhería a su piel a causa de la copiosa transpiración. El calor era intolerable. Incluso con aquel irritante ventilador zumbando en el techo de la habitación.

Aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero. Luego, se volvió a la mujer que sollozaba en el rincón.

—No llores más —ordenó.

Ella obedeció sólo en parte. Levantó los ojos hacia él, gimoteando. Tenía la mejilla hinchada y enrojecida. Un hilillo de sangre muy tenue se había secado sobre su barbilla. La mirada del hombre, al fijarse indiferente en ella, no reveló la menor compasión por su estado.

—Me duele —se quejó ella roncamente.

—Claro que te duele. Para eso te lo hice.

Pareció que iba a llorar de nuevo, pero la expresión de los ojos de él la disuadieron de tal cosa. Se mantuvo con una respiración espasmódica, y eso fue todo.

—¿Cuándo van a venir? —preguntó él, con sequedad.

No respondió. El hombre dio dos pasos hacia ella. Solamente dos. La mujer alzó la mano para protegerse.

—¡No, no! —gimió.

—Habla. ¿Cuándo tienen que venir?

—A... a las dos y veinte —silabeó ella.

—¿Por qué a esa hora?

En la distancia silbó un tren. Se oyó un trepidar bajo la ventana. Ella miró significativamente.

—El tren. Pasa el expreso de la madrugada —explicó—. Hace mucho ruido.

—Entiendo. Eso ahoga los disparos y la lucha.

—Sí.

El hombre rió sordamente. Hundió la mano en el bolsillo del pantalón y sopesó el revólver que extrajera de él. Comprobó que estaba cargado.

—Bueno, espero a tus amigos —dijo escuetamente—. Sabrán que un federal no es fácil de asesinar.

—Te matarán —dijo ella—. Te matarán de todos modos.

—Eso crees, ¿verdad? —meneó la cabeza—. No, pequeña. Habéis sido muy listos. Mucho. Me engañasteis en muchas cosas, pero no en todas. Ha llegado la hora de tirar de la manta y descubrir toda la porquería que hay en este lugar. Para eso me mandaron. Y lo voy a hacer, tenlo por seguro.

Ella no respondió nada. Seguía allí, encogida, en el suelo de la alcoba, acurrucada contra la pared, con sus piernas desnudas, con su blusa rasgada sobre los pechos opulentos y bronceados de mujer latina.

El hombre, erguido ante ella, con las piernas ligeramente separadas, la estudiaba sin el menor afecto ni simpatía.

—Sois una buena gentuza todos —acusó—, Pero ahora lo sé todo. O casi todo. Mañana el juego habrá terminado.

—Todavía no es "mañana" —le recordó ella, con un centelleo rencoroso en los oscuros ojos—. Pueden ocurrirte muchas cosas, yanqui.

—Podían haberme ocurrido si me fío de ti y de tus caricias. Un encuentro amoroso en esta alcoba, una noche apasionada en el trópico... y luego la muerte. ¿No era eso lo dispuesto?

Volvió ella a su mutismo. El joven americano cruzó la habitación en varias zancadas. Estiró la mano, tomando la falda que la mujer había dejado sobre una silla. Se la tiró encima de los muslos con brusquedad.

—Toma. Ponte eso. La noche de amor ha terminado, preciosa. Pero no te muevas de ahí. Vamos a esperar juntos.

—¡No! —se asustó ella.

—Claro que esperaremos —rió el americano—. Ahora sé quién es tu jefe. Era el eslabón que faltaba, ¿no es cierto? Tengo todos los datos en la mano y sólo me falta salir de Puerto Caribe.

—Es lo que nunca lograrás.

—Eso dices tú.

—Nadie escapa cuando "El Virrey" no quiere.

—"El Virrey"... —soltó el joven americano una carcajada—. Vamos, déjate de apodosos truculentos y pasados de moda. ¿Por qué no le llamas por su nombre auténtico? ¿Por qué no te refieres a él más claramente?

—No... no puedo —se asustó ella—. Nadie sabe quién es "El Virrey". Nadie puede saberlo... y vivir.

—Yo lo sé —afirmó tranquilamente el federal.

Ella dilató los ojos. Su seno palpitaba con violencia.

—No... no digas nada —jadeó—. No me lo digas a mí... No podría seguir viviendo.

—Tonterías, mi dulce y traicionera Amapola. Sabes bien que él es...

—¡Nooo! —chilló, cubriéndose los oídos para no percibir el nombre, bajando la cabeza para no leer en la modulación de los labios del americano las sílabas reveladoras—. ¡No quiero, no quiero saberlo! ¡Deseo vivir, deseo vivir...!

Sacudía su cabeza alocadamente, agitando la negra, azulada melena, abundante y densa, que azotaba sus hombros con energía.

El americano la contempló fijamente, ya en silencio. Encendió otro cigarrillo, meneó la cabeza con aire de perplejidad.

Paseó por la habitación lentamente. Echó una ojeada a su reloj de pulsera. Eran solamente las doce y cuarenta y siete minutos. Hora y media faltaba para que vinieran los asesinos.

Hora y media encerrado en aquella alcoba, con aquella mujer hermosa e histérica, que ya había tratado de traicionarle. Hora y media esperando a los que habían de ejecutarle. Hora y media de calor, de sofoco, de angustia, de tensión...

Se tumbó en el lecho, sentándose apoyado contra la cabecera, con su revólver reglamentario en la mano.

Se había dicho muchas veces que un hombre del F.B.I. no debe tener nervios. Esta era una buena ocasión de demostrarlo.

* * *

Ya lo había demostrado.

Las dos y doce minutos y hasta sentía un poco de sueño en vez de inquietud o temor. Todo el hotel parecía dormir. Ni un ruido, ni un movimiento. Las cortinas de la ventana no se agitaban. No corría

ni el más leve soplo de brisa.

Había agotado el paquete de cigarrillos. Hizo una bola con él, haciendo crujir tenuemente el celofán, y lo tiró a un rincón. Examinó de reojo a Amapola.

No dormía. Tenía el rostro lívido, la mirada dilatada, fija en él. Encogida en el rincón de la alcoba, hubiera podido parecer un cadáver, tal era su inmovilidad. Pero la palpitación rítmica, agitada de su agresivo busto desmentía esa apariencia.

—Preparada —avisó él en voz baja—. Se acerca la hora.

Ella se estremeció. No dijo nada. Miraba fijamente a la puerta cerrada.

El federal humedeció los labios. Se enjugó el sudor de las palmas de sus manos, frotando éstas contra el embozo de la sábana. Apretó con fuerza el revólver.

También miró ahora a la puerta cerrada. Sin volverse a la joven latina, susurró:

—Una sola palabra, un grito, un aviso que ponga alerta a mis visitantes... y la primera bala será para ti.

Tampoco hubo respuesta. El americano esperó todavía un poco más. Los minutos iban pasando inexorables. Miró de nuevo el reloj.

Las dos y diecisiete.

En la distancia silbó una locomotora. El hotel estaba empezado entre la costa y las vías férreas de la capital. Su sonido llegaba allí muy nítido. Las vías circulaban, como serpientes plateadas, al pie de la suave loma donde se alzaba el Caribe Luxury.

Amapola gimió:

—¡El expreso! Ya está ahí...

—¡Chist! —ordenó abruptamente el federal, enfilándola con su revólver enérgicamente, sin moverse del lecho, desde el cual dominaba por igual la puerta y la posición de la mujer.

El silencio era aplastante. Un leve trepidar en la distancia marcó el aproximamiento del expreso que iba hacia la capital.

El americano se envaró. Los ojos se entornaron, escudriñando la puerta hasta dolerle las pupilas. Hubo un leve roce en el corredor del hotel. No lejos de la puerta.

El tren se aproximó más aún...

Las dos y dieciocho minutos treinta segundos. El tren silbó de nuevo.

En el corredor, los roces eran ahora continuados, aunque levísimos, apenas perceptibles. El revólver del americano apuntaba a la cabeza de Amapola. Ella se hundía un puño en la boca para no gritar, con los ojos desorbitados, sin separarse un sólo instante de la entrada a la habitación.

De pronto, el pomo giró. La puerta carecía de pestillo interior, pero estaba cerrada con llave. Aparentemente, no servía de nada. Quienquiera que estuviese fuera la accionaba con mucha sutileza, con una suavidad casi etérea, y estaba abriendo la única cerradura de seguridad de la alcoba del hotel.

El revólver del americano quedó amartillado. Apenas si sonó el percutor, bien engrasado y hábilmente accionado. El 38 de todos los agentes especiales del Federal Bureau of Investigation apuntó a la puerta ahora, despreciando a la joven y atemorizada Amapola.

El pomo terminó su giro. El trepidar del ferrocarril ahora, lanzado a más de cien por hora, se hizo estrepitoso. De nuevo silbó, ululante, no lejos del pie de la loma. La trepidación se hizo estruendosa ahora.

Se abrió bruscamente la puerta.

Entró un raudal de luz del corredor, que cayó sobre el americano. Amapola, pese a todas las advertencias, chilló y chilló escandalosamente, en el paroxismo del terror...

Dos hombres armados surgieron recortados contra la luz del corredor. Sus pistolas automáticas eran perfectamente visibles en sus manos, apuntando hacia el interior de la habitación.

El americano hizo fuego.

El revólver del federal retumbó dos veces, Sólo dos disparos, secos y repentinos. Dos llamaradas. Dos impactos en el blanco elegido.

Y los dos hombres rodaron sobre el umbral, disparándose sus armas sin dirección. Al tocar el suelo ya estaban muertos.

Amapola chillaba, el tren pasaba rugiendo, al pie de la loma donde se alzaba el Caribe Luxury.

El americano amartilló de nuevo el arma. Pero no llegó a usarla. Una voz llamó desde el corredor:

—¡Alto! ¡No dispare! ¡Alto en nombre de la ley!

Por si había dudas, el corredor se llenó de gente frente a la puerta de la alcoba.

Esta vez la gente era uniformada. Con el uniforme brillante e inconfundible de guerrera verde, gorra de igual color y visera blanca de charol y pantalón blanco. El uniforme de la Policía de Puerto Caribe. Llevaban metralletas. Apuntaban al interior, cubriendo totalmente al americano. Le podían haber barrido a tiros impunemente. Él supo que solamente podría derribar a dos o tres, en el mejor de los casos, antes de que le cosieran a balazos el resto de la docena de policías que, al menos, bloqueaba la salida de la habitación.

Amapola, atónica, casi tanto como él, miraba aquel despliegue de fuerzas. Un hombre apareció en la entrada, uniformado también, pero con distintivos de oficial. No empuñaba armas.

El federal le reconoció en el acto.

—Buenas noches, capitán Morán —saludó—, ¿Cómo supo lo que sucedía?

—Será mejor que deje su arma, señor Russell —recomendó el oficial, sin responder a su pregunta—. Luego hablaremos.

Había un cierto tono perentorio en la voz del capitán Morán al hacerle la advertencia.

Russell pareció dudar un momento, pero la hilera de fusiles ametralladores convencía a cualquiera. Sería mejor acatar las disposiciones de la autoridad local, antes de esclarecer lo sucedido aquella noche.

El capitán Morán pasó por encima de los cadáveres, imperturbable. Tomó el revólver de Russell y lo guardó en su guerrera. Luego, miró al americano y se expresó escueta, duramente:

—Lamento informarle, señor Russell, de que está usted arrestado. Acusado de actividades sospechosas contra la seguridad del Gobierno —miró a los muertos—, Y ahora se añadió la acusación de doble asesinato en la persona de dos agentes especiales de la Policía de Puerto Caribe.

—¡Dos agentes! —replicó el federal, alterado—. ¡Espere un momento, capitán Morán! ¡Esos dos hombres venían a matarme por orden de "El Virrey"! ¡Y yo sé quién es "El Virrey"!

—¿De veras, señor Russell? —el tono del capitán era sarcástico. Le contempló con ironía—. Veamos, ¿quién es, a su juicio, "El Virrey"?

—El gobernador de Puerto Caribe, Héctor Valdés.

—¿Se ha vuelto loco?

—Es él. Dirige la conspiración contra el presidente y el actual Gobierno para instalar un nuevo régimen aquí. Él es "El Virrey". Yo tengo las pruebas.

—Lo siento de veras, señor Russell —suspiró Morán—. Pero si esos hombres que yacen ahí son agentes de "El Virrey", según usted..., debo dar poco crédito a sus palabras. Esos dos hombres eran los agentes Acosta y Machado, de mi plena confianza. Usted los asesinó cuando venían a arrestarle. Está arrestado, señor...

Russell miró al capitán con repentino recelo. Sus ojos brillaron.

—¡Ahora entiendo! —jadeó—. ¡Usted... usted también sirve a "El Virrey"! ¡Está con él!

La sonrisa burlona de Morán fue muy expresiva. Pero no dijo sino:

—Vamos, no haga resistencia o será peor. Matar a un americano traería problemas diplomáticos y todo eso. Debe venir por su propia voluntad.

—Ya veo. Todo fácil, ¿eh, capitán? Ejecutarme legalmente como asesino no les traerá problemas. Es lo que busca, ¿verdad? He sido un estúpido cuando me creía muy listo, pero no va a salirse con la suya, maldito sea. ¡No será tan fácil cogerme vivo! Va a tener que matarme, capitán Morán. Con todas sus consecuencias...

Saltó sobre él como un tigre. Le aferró con violencia, situándole frente a él, a guisa de humano escudo frente a la hilera de ametralladoras.

—¡Disparen y nos matarán a los dos! —avisó fríamente.

Los policías se quedaron indecisos, mirándose unos a otros. Su jefe les avisó abruptamente:

—¡Ya le oyen, no intenten nada! Dejen que siga su juego —y volviéndose ligeramente hacia él, inmovilizado por la férrea presión de los brazos, le avisó agriamente—: Pero no logrará nada, yanqui. Se lo aviso. No saldrá nunca de Puerto Caribe. Y la Legación de su país está bien vigilada "para protegerla contra posibles manifestaciones antiamericanas"... De modo que no espere ocultarse allí.

Russell apretó los labios. Había hundido la mano en el bolsillo de la guerrera del capitán, recuperando su revólver. Sabía lo difícil

que era salir de aquel atolladero. Pero tenía que intentarlo.

Con el rabillo del ojo vigilaba a Amapola, pero la mujer no parecía dispuesta a intervenir. Atemorizada, se mantenía en un ángulo de la habitación presenciando la escena.

—Camine hacia la salida, capitán —ordenó a Morán—. Y no trate de hacerme ninguna jugarreta... o iremos juntos al infierno.

—Es usted muy audaz, señor Russell. Y muy tonto también. No va a lograr nada.

—Lo veremos. Vaya andando.

Morán obedeció. No tenía otro remedio. Llegaron al corredor. Se movieron, siempre bajo la dirección y control de Russell, que mantenía su revólver ante sí, pasado bajo la axila derecha de Morán, y sujetaba al oficial de la Policía de Puerto Caribe con un férreo abrazo sobre su cuello. Una mayor presión podía asfixiar al policía o romperle la garganta.

Mantuvo a Morán entre sí y los guardias armados, moviéndose pegado al muro del corredor del hotel. Pareció por unos instantes que todo iba a salir bien en su primera fase.

Pero no fue así. El federal tenía que combatir contra demasiados enemigos a la vez. La tela de araña en torno suyo era muy tupida.

Cuando pasó junto a una puerta cerrada, correspondiente a otra habitación del hotel, ésta se movió tenue, silenciosamente. Sólo una rendija se abrió. Aun así, Russell lo presintió.

Se volvió a medias, llevado de la aguda sensación de peligro que experimentara de súbito.

Era tarde. El disparo, con silenciador, brotó por la rendija de la puerta. Le dio en la espalda. Russell sintió la mordedura ardiente, la penetración mortal en su cuerpo, acompañada del sordo "ploc", del disparo ahogado.

Su revólver disparó ruidosamente. Uno de los policías se estremeció, soltando su arma. Se derrumbó, con un balazo en el costado.

Pero también el americano, soltando su presa sobre Morán, se deslizaba ya hacia el linóleo del corredor, muy pálido, con la espalda ensangrentada. Soltó el revólver, vidriosa su mirada. Una mirada que se clavó en la rendija por donde brotara el disparo certero, traidor.

—"El... Vi... rrey"... —jadeó.

Luego se quedó inmóvil. Su cabeza rodó bruscamente a un lado y su cuerpo quedó flácido.

El capitán Morán le contempló en silencio. Miró al policía herido. Luego se volvió lentamente hacia la puerta entreabierta, que ahora se abría del todo para surgir en ella un hombre arrogante, fornido, de frondosa barba negra, gafas de montura de concha y gruesos cristales e impecablemente vestido de color gris claro.

—Ha sido muy oportuno, señor gobernador —dijo el capitán Morán, sonriente.

—Sí; eso creo —también una sonrisa curvó los labios del hombre moreno, de tez bronceada, bajo el espeso bigote negro—. ¿Está muerto?

—Parece. Lo llevaremos al hospital, señor. Bien vigilado.

—Sería preferible que viviese para ser juzgado. Actividades sospechosas, ataque al capitán de la Policía... Se le puede fusilar sin dar muchas explicaciones a Washington. Ellos quizá no las pidan.

Asintió Morán. Sus hombres cargaron con el herido. Se alejaron por el corredor.

—¿Viene con nosotros, señor? —preguntó Morán al hombre de la negra barba.

—Más tarde. Tengo mi coche afuera. Debo resolver algo aún, capitán —una nueva sonrisa sarcástica y caminó por el corredor en dirección a la alcoba que ocupara Russell—. Puede irse, capitán. Si le necesito le llamaré.

—Sí, señor. Siempre a sus órdenes —saludó el policía militarmente, y se alejó.

Una vez solo, el gobernador de Puerto Caribe, Héctor Valdés, caminó lentamente hacia la habitación del americano recién agredido.

Amapola salía en aquel momento de la estancia. Se quedó inmóvil al ver al hombre de la negra barba y los ojos agrandados por los extraños cristales de sus lentes. Ojos que parecían de búho, fijos en ellas. Malignos, fríos, implacables.

—¿A dónde vas, preciosa? —indagó.

—Yo..., yo he servido lealmente a... a quienes me pagaron.

—¿De veras? —rió sordamente el gobernador de Puerto Caribe.

—¡Lo juro, señor! ¡Oswaldo Rizo me pagó bien, pero yo le serví como él pidió!

—Oswaldo Rizo es tu patrón entonces, no yo. ¿Por qué me lo explicas a mí?

—No..., no sé... —muy pálida, Amapola, tembló de pies a cabeza. Los ojos redondos y malévolos del gobernador se fijaron en aquellos senos de ella, enhiestos y exuberantes—, He visto que... mataron al americano. Supongo... que sirven al mismo amo.

—¿A quién?

—¡Oh, yo no sé...!

—¿Al "Virrey"? —sugirió el hombre de la negra barba.

—Sí... sí.

—¿Qué sabes tú del "Virrey"? —nunca aquellos ojos fueron tan fijos y helados.

—¡Nada, señor, nada! ¡Lo juro! ¡No quise escuchar cuando el americano dijo que él sabía su identidad! ¡No lo sé, no lo sé! ¡Sólo sé que soy fiel al "Virrey"! ¡Si fracasé, es porque ese americano sospechaba ya de mí, y me vigilaba!

—Lo sé, preciosa, lo sé —extendió una mano crispada que acarició su negro pelo azulado, descendió por la garganta, como si fuera a oprimirla, y llegó al seno, acariciadora. Sonrió, bajo la negra barba y bigote—. Fuiste fiel..., pero sabes mucho. Demasiado. Y viste muchas cosas. Lo siento, pequeña...

Llevaba la mano izquierda en el bolsillo de su impecable chaqueta clara, de tenue hilo de seda. Cuando la extrajo, ella gritó. La mano derecha del gobernador se cerró bruscamente sobre su cuello, sujetándola.

La sujetaba aún cuando disparó la automática provista de silenciador que esgrimía en su zurda. La bala agujereó uno de los hermosos pechos de la joven: el izquierdo. Debió llegar al corazón instantáneamente.

La morena hermosa estaba muerta ya, y su asesino aún la sujetaba, como a un muñeco inanimado. Cuando la soltó, ella rodó sobre el linóleo.

CAPÍTULO 2

AGENTE del Gobierno norteamericano, condenado a muerte por tribunal militar en Puerto Caribe.

Ben Russell, ciudadano americano, herido por la espalda cuando huía de las autoridades de Puerto Caribe, tras haber asesinado a dos agentes especiales de la Policía local y herido gravemente a un tercero.

Las protestas de Washington, rechazadas por el Gobierno del general Carrados.

La sentencia se cumplirá esta misma semana."

Los titulares ocupaban casi la totalidad de la primera página de todos los diarios de Puerto Caribe. El "Antillano", el "Eco Latino", "América Popular" y "Nuestra República", coincidían en las grandes cabeceras tipográficas.

En cada ejemplar, esos textos espectaculares y dramáticos, aparecían salpicados de las mismas fotografías sangrientas: los cadáveres de los dos agentes especiales, el policía de uniforme herido, el propio Russell, en el hospital, en manos de un cirujano, tras la herida sufrida a manos de la Policía...

Sin embargo, apenas si se concedía importancia a una pequeña noticia, perdida en la cuarta o quinta plana, en la sección de "Sucesos".

"Amapola Méndez, hallada muerta. La Policía ignora quién pudo matarla, aunque no se descarta que ella sea otra víctima de la vesania criminal del americano sentenciado por el tribunal militar."

Aquellos periódicos, impresos en Puerto Caribe el martes, estaban ya en New York la mañana del miércoles.

Y el domingo de madrugada, lo más tardar, Ben Russell sería ejecutado por el Gobierno militar de la República de Victoria. La

pequeña isla del Caribe, donde la última revolución llevara al Poder al Presidente Carrados, general de los insurgentes, iba a ser escenario de la ejecución sumarásima de un hombre que servía al F.B.I.

Todas las protestas de Washington chocaban con la dictadura militar de Carrados. Nada ni nadie podía ayudar ya al condenado.

Ni siquiera quedaba tiempo para intentarlo.

* * *

El telegrama era breve. Muy breve:

"Imposible resolver situación. Esperanzas perdidas. Sigo trabajando. Abrazos, RAUL."

Bob Simon devolvió el papel amarillo a Debra. No pronunció una sola palabra. No hacía falta. Ni era oportuno.

Debra recibió el telegrama con dedos firmes. Sin temblores. Lo depositó sobre la mesita, junto a sí. Sus ojos, de un verde gris tenue y apacible, se fijaron en los oscuros y profundos de Bob Simon, habitualmente vivaces, apasionados, acaso por la influencia vital de su sangre latina, fundida a la auténticamente norteamericana que le diera su madre.

—Raúl Ribera es mi único amigo en Victoria —informó lentamente Debra, manteniendo la firmeza y serenidad de su voz, para admiración de Bob Simon—, Si él dice esto... es que no hay remedio, Bob. Hasta ahora, tuve esperanzas. Las he perdido ya. Sinceramente. Las he perdido todas.

Bob Simon no comentó cosa alguna todavía. Estaba mirando el taco del calendario en el muro, bajo la litografía policromada de una célebre "estrella" cinematográfica.

"Miércoles, 11..."

Sólo unos días. Y todo habría terminado. Para Debra, para él... y, especialmente, para Ben Russell.

—Bob, ¿podría hacerse algo? —musitó angustiada Debra, tras un silencio.

Simon la miró. Luego, inclinó la cabeza.

—No sé, Debra. No debes darte por vencida ya. Siempre hay una esperanza, en tanto siga con vida.

—Pero los diarios de allí, nada aseguran sobre eso. Puede morir el domingo, como tú dices. Pero también sería posible que le

fusilaran hoy, mañana... o que ya le hubiesen fusilado. La sentencia no fija fecha.

—Es cierto. Sin embargo, estoy seguro de que hay tiempo aún.

—Tiempo, ¿para qué? El Gobierno no puede hacer nada, a pesar de que es uno de sus hombres.

—Trata de entenderlo, Debra. El Gobierno no puede hacerse responsable de lo sucedido. Russell es un G-Man, sí, pero admitir que estaba oficialmente en la República de Victoria, sería como aceptar la injerencia americana en una cuestión interna de ese país, y eso crearía delicados problemas de tipo político y diplomático con otros países centroamericanos.

—¡Sin embargo, se trata de la vida de un hombre! ¡La del hombre con quien me he de casar!

—Lo sé, Debra. Lo sabemos todos. Pero no existe otra solución que declarar la guerra a ese país. Como comprenderás, es algo que no sucederá. Washington reclamará, enviará observadores que comprueben las culpas y las pruebas, pero eso es todo. No se puede hacer más.

—Sí, entiendo... —Debra inclinó la cabeza. La luz del mediodía jugueteó con suaves tonos en su cabello dorado, casi color ceniza—. Entiendo, Bob. Debemos cruzarnos de brazos y esperar...

Bob Simon se puso en pie. Paseó por el "living" de la residencia de Debra. La miró un momento, al comenzar a hablar:

—Debra, he oído decir que el Departamento de Justicia ha autorizado a la Oficina Federal de Investigación para que envíe a dos agentes especiales a Puerto Caribe, con el fin de supervisar las pruebas alegadas contra Russell y todo lo demás. No pueden hacer más. Acaso ello haga rectificar a los militares de Victoria, y conmuten la pena. No sé lo que sucederá, pero no vamos a cruzarnos de brazos y esperar.

—Bob, si tú pudieras ir... Hablas perfectamente el español, lo mismo que nuestro idioma, tienes sangre latina, puedes comprender mejor a esa gente que ningún otro agente federal...

—No puedo, Debra —se excusó Bob Simon—, Hoy mismo salgo para otra misión importante, que la Oficina me confirmará esta tarde. No puedo hacer nada. Hay momentos en la vida en que uno no puede ayudar a un amigo, a un camarada, ni siquiera aunque ponga sus cinco sentidos en ello. Me debo a una disciplina, a unos

jefes, a un organismo que no permite alegrías personales. Ellos saben lo que puede hacerse. Hoover apurará todas las posibilidades, puedes estar bien segura. Si él no logra nada, es que nadie lo logrará. ¿Te alivia eso algo, Debra?

—No —sostuvo ella con firmeza—. En absoluto, Bob. Yo misma iría a Puerto Caribe, si ello pudiera resolver algo. A ponerme a los pies del general Carrados, para que perdone la vida a Ben. Pero ni siquiera creo que me autorizasen a entrar. A estas horas, estoy segura de que saben perfectamente quién es la novia de Ben Russell, para negarme el visado de entrada en el país.

—Es posible, sí. Además, no debes ir, Debra. No sería prudente, ni resolvería nada, compréndelo.

—Lo sé. Por eso debo renunciar a la lucha. Es horrible, pero no hay otra solución. Y, sin embargo, sé que si me quedo aquí, si no lucho, Ben morirá.

—Debra, no te tortures. Ten fe.

—Fe..., ¿en qué?

Bob Simon hubiera querido responderle muchas cosas. Supo, sin embargo, que era inútil. Las palabras no bastaban para dar ánimos o esperanzas a Debra. Y lo comprendía.

Para Debra Neal, Ben Russell lo significaba todo. Absolutamente todo. Era comprensible su estado de ánimo actual. Su visita no podía ser gran cosa. Si al menos hubiera podido ir él a Puerto Caribe, a ocuparse del caso... Debra confiaba mucho en Bob Simon.

Pero incluso Bob Simon estaba convencido, dramáticamente convencido, de que nadie podía salvar ya la vida de Ben Russell. El joven agente federal, víctima de una conspiración en Victoria, la isla que constituía una de las muchas Repúblicas de las Antillas, sería fusilado en cualquier amanecer de aquella semana.

O lo había sido ya.

El inspector Cavanaugh, de la Oficina Federal de Investigación, paseó ante Bob Simon, fumando el cigarrillo que acababa de encender. No se detuvo ni se volvió, cuando pronunció las primeras palabras:

—¿Le preocupa Ben Russell?

Bob enarcó las cejas. Era natural que todo el F.B.I., estuviera preocupado por la suerte de uno de sus hombres en el extranjero. Pero se suponía que Cavanaugh, con instrucciones precisas de

Washington, iba a hablarle de cuestiones muy distintas, que le llevarían, con toda seguridad, a Europa.

—Por supuesto, señor —asintió Bob—, ¿A quién no le preocupa?

—Él es ¿migo suyo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y su novia, también.

—También, señor.

—Imagino lo que sentirán ambos. La situación de Ben es desesperada.

—Si aún vive, así es.

—Vive todavía. Al menos, oficialmente no ha habido ejecución aún. Nuestra Legación en Victoria nos tiene al corriente de todo.

—Eso no mejora mucho las cosas. El desenlace es inevitable.

—Inevitable, sí. Dave Humphrey y Walt Crayne, dos agentes nuestros, han salido ya por vía aérea con destino a Puerto Caribe. Celebrarán varias entrevistas en Victoria, y procurarán ser recibidos personalmente por el Presidente Carrados. Pero todo eso no promete demasiado. El Gobierno no apoya nuestras demandas, porque ha de afrontar unas protestas diplomáticas por el supuesto delito de Russell, y nos encontramos solos en la tarea. Oficialmente, al menos.

—¿Cree a Russell culpable de lo que se le acusa?

—No sé. Puede ser culpable, pero porque buscaron que lo fuese. Le forzaron a hacer algo delictivo, ¿entiende, Simon?

—Claro. Moralmente, eso no significa culpabilidad.

—Pero ante un consejo militar, sí —suspiró Cavanaugh—, Por eso va a ir también otro agente federal a Puerto Caribe. Este, clandestinamente. Nadie deberá sospechar que es del F.B.I.

—¿Y su misión será...?

Cavanaugh sonrió. Pero sólo con los labios. Los ojos, fríos y duros, no sonreían al fijarse en Bob a través de sus gafas de gruesa montura.

—Salvar a Ben Russell. Legalmente, si puede. Y si no..., por la fuerza.

Bob Simon parpadeó. Se incorporó a medias, realmente sorprendido.

—¿Un solo hombre, en Puerto Caribe, intentando rescatar vivo a Ben Russell?

—Eso es.

—¡Es una locura, un imposible! ¿Cómo podría lograr tal cosa?

—Eso será cuenta de él. Se le darán medios, facilidades. Una vez en Victoria, su tarea consistirá en llegar hasta Russell. La prisión militar de Puerto Caribe está situada en un "morro" similar al de La Habana. Mira al mar, y es una especie de lengua rocosa que se interna en el agua, y casi se aísla de tierra. Un lugar muy vigilado. Pero se puede llevar allí equipo submarino, balsas neumáticas y todo lo demás. Lo realmente difícil se divide en dos aspectos: Primero, lograr entrar en esa prisión "antes" de que fusilen a Ben.

—¿Y segundo?

—Salir de ella con Ben Russell.

—Cielos... —resopló Bob Simon, meneando la cabeza—. Una empresa de titanes. Compadezco al pobre que se haya de ocupar de ella.

—¿De veras? —Cavanaugh le miró con ironía—. Pues empiece a compadecerse, amigo mío... porque "usted es el elegido".

CAPÍTULO 3

EL azul aparecía salpicado de manchas blancas y ocre. Islas y más islas.

El Caribe. Las Antillas, formando un archipiélago interminable. Cuba, Haití, Santo Domingo, Jamaica, Trinidad... y Victoria.

Sotavento y Barlovento, las Grandes y Pequeñas Antillas. Tierra y mar, en una fusión constante y armoniosa.

Apartó los ojos de la ventanilla, con un suspiro. Desde aquella altura, viendo dibujarse la sombra del "jet" Boeing en las azules, limpias aguas del Caribe, todo parecía como de juguete. Como un mapa en relieve, dotado de movimiento por una extraña magia. Nada parecía real.

Resultaba difícil imaginarse allá abajo una de las muchas islas, con un hombre a punto de morir. Un buen amigo. Un agente federal, un americano incapaz de ningún hecho criminal.

Y, sin embargo, esa era la razón que le llevaba a él sobre el mar. La razón que había llevado a dos agentes federales, Dave Humphrey y Walt Crayne, a presentarse oficialmente en Puerto Caribe, horas antes.

Él, era diferente. Roberto Simon, ciudadano portorriqueño, no tenía ninguna relación con los Estados Unidos y con su Policía federal. Su viaje a Puerto Caribe, estaba motivado por "cuestiones comerciales", según figuraba en su visado.

La tez broncea, el pelo negro y los ojos oscuros de Bob Simon, con su buen español, correcto de tono y acento, completaban su actual personalidad idóneamente.

Pero ahí terminaban las facilidades. En lo demás, era igual que si acudiera como embajador de los Estados Unidos. Nadie iba a ayudarle a salvar a Ben Russell. Nadie, excepto él mismo, sus

propios recursos, su astucia y su resolución. Si Debra hubiera sabido esto, pensó para sí...

Pero Debra lo ignoraba. Todos debían ignorarlo. Era la orden tajante del F.B.I.: para rescatar a su hombre, era preciso jugarlo todo a una carta. Y esa carta era Bob Simon.

Bob suspiró, cerrando los ojos y reclinándose en el asiento. La azafata pasó por el corredor del reactor, murmurando:

—Nos aproximamos a Puerto Caribe, señores. Llegamos dentro de diez minutos...

Bob deseó fervientemente que la única carta a jugar, no fallase. Que él, Bob Simon, no fracasara.

Pero eso era tan difícil...

* * *

Raúl libera estrechó la mano de los dos hombres. Les invitó a entrar en su despacho particular de la Caribbean Associated Trade, Co., en Puerto Caribe. Un despacho luminoso, totalmente rodeado de vidrieras que asomaban a la bahía, cuajada de veleros y motonaves, de pesqueros y yates de recreo. Como una jaula de cristal, en la segunda planta del edificio destinado a los mercados y comercio entre las Islas y los países del Continente Americano.

Más que ceremonia en la recepción, había una especie de tácita tristeza, tanto en él como en sus dos visitantes americanos, vestidos de claro, con sombreros de napa y maletines claros, casi deportivos.

Raúl les invitó a sentarse. Era un hombre joven, esbelto, de cabello castaño y ojos inteligentes y agudos. Contempló a sus visitantes con calma, antes de preguntar:

—¿Policía Federal de Washington?

—Sí. Somos agentes del F.B.I, Especialmente enviados a Victoria, y autorizados a entrar por su Gobierno, señor Ribera.

Raúl asintió con la cabeza. Eso no parecía alejarle preocupaciones.

—Lo sé, lo sé. De otro modo, ya les habría expulsado —entrelazó sus dedos sobre la mesa, reflexionando—. ¿Qué esperan lograr exactamente?

—No lo sabemos —declaró sinceramente Dave Humphrey—, Crayne y yo hemos sido delegados para tramitar la cuestión. Pero ignoro el ambiente que hallaremos en el Gobierno.

—Glacial —suspiró Raúl—, No quieren saber nada. Sólo desean eliminar a Russell.

—Pero, ¿por qué?

—Nadie lo sabe —Raúl Ribera se encogió de hombros—. En estos países, señor Humphrey, la democracia es un tópico. Tenemos una Junta Militar que rige el país, y controla la información rígidamente. Nadie ha podido ver a Russell desde que fue capturado. Ni periodistas, ni representantes de su país, ni nadie en absoluto. Se le aisló. El proceso fue a puerta cerrada, como juicio sumarísimo por vía militar. Ni fotografías, ni publicación de declaraciones. Russell se declaró culpable. Aceptó el veredicto.

—Enternecedora docilidad la de Russell. Como un palomo —gruñó de malhumor Crayne—. ¿Quién puede creerse esas historias?

—Aquí, todo el mundo. La Policía da los boletines. Nadie duda de la honorabilidad del capitán Morán ni del gobernador Héctor Valdés.

—¿Ni siquiera usted?

Raúl Ribera hizo un gesto ambiguo.

—No ganaremos nada hablando de todo eso. Yo conocí a Ben Russell. Porque Debra, su prometida, le envió a mí. Soy un viejo amigo de la familia Neal.

—No parece muy viejo. Ribera —rió Humphrey.

—Hablabas en sentido figurado —también rió el joven Raúl—, Pero lo cierto es que mi padre ya tuvo amistad con Patrick Neal, el padre de Debra. Ella confiaba en mí ahora, cuando supo lo sucedido. Ha sido un amargo trago no poder hacer nada.

—Dice que vio a Ben. Usted sabe tras lo que iba él, ¿no es cierto?

—Por supuesto — Raúl se frotó la mandíbula, pensativo—. Armas. Contrabando de armas, robadas en los Estados Unidos, Armas para Victoria.

—Eso es —Dave Humphrey se puso en pie, rechazó un habano que le ofrecía Raúl y llegó hasta la vidriera, asomándose a la bahía, blanca y esplendorosa. Todavía con el sabor hispano de viejos tiempos. Muchos edificios eran aún de la época de los conquistadores—. Varios robos de armas automáticas y de municiones en los Estados Unidos pusieron en guardia al F.B.I. Incluso se robó una remesa del Gobierno para las academias

militares del país.

—Entiendo, Aparecieron algunas de esas armas en Puerto Caribe, ¿no es cierto?

—Sí. Coincidían las cifras de fabricación y serie con algunas piezas localizadas aquí por agentes de la C.I.A. americana. Seguimos la pista. Se supo que "El Virrey", un nuevo aspirante a dictador de Victoria, planea una revuelta, y sus agentes, carentes de fondos para adquirir armas, las roban y trasladan como contrabando aquí. Queremos saber cómo se hace y por quiénes. También tenía interés el F.B.I, por saber quién es exactamente "El Virrey", que hasta ahora permanece anónimo.

—Es como una sombra —corroboró Crayne.

—Una sombra que existe —atajó Raúl Ribera, ceñudo—. Todos sabemos que hay algún político importante en la isla que aspira a asesinar al general Carrados y apoderarse del mando del país. Seguramente le apoyarán muchos que parecen leales al general. Pero Carrados está demasiado seguro de sí mismo para creerse esa historia, que imagina inventada por sus vecinos hostiles. Los agentes de "El Virrey" procuran alimentar ese escepticismo suyo. Y así, un americano que ha venido a salvarle de un peligro evidente, que sólo pretende localizar al culpable de un robo de armamento militar en los Estados Unidos, sacado ilegalmente del país e introducido aquí, con lo que desenmascararía a las gentes de "El Virrey"... es sentenciado a muerte por conspirar contra el Gobierno legalmente constituido en Victoria. Es un disparate. Un completo disparate que va a desembocar en un error lamentable y criminal. Pero que en modo alguno podemos resolver.

—Así están las cosas —convino Humphrey—. Se nos dijo que usted trataría de facilitarnos ciertas entrevistas y diligencias. Es alguien en la vida comercial de Puerto Caribe y ello le da una cierta influencia que nos puede ser útil.

—Claro que les ayudaré —suspiró Raúl Ribera, moviendo la cabeza con pesar—. Pero mucho me temo que ustedes y yo quedemos defraudados. Y, lo que es peor, también Debra Neal...

No era el mejor hotel de Puerto Caribe, por supuesto.

No se le ocurrió seguir los pasos de Ben Russell, alojándose en el Caribe Luxury. Optó por aquél, en pleno centro comercial y urbano: el Antillano Palace.

La hoja de registro acogió su firma. Y una simple mención: "Importador comercial. Puerto Rico". No esperaba eludir las sospechas de los agentes gubernativos de Victoria con eso. Lo más probable era que todo extranjero registrado en el país fuese objeto de una minuciosa pesquisa.

Bob Simon no se hacía ilusiones a ese respecto. Sería objeto de vigilancia y de investigaciones. Todo extranjero en Puerto Caribe debía serlo ahora. Por parte de los leales al general Carrados, por un lado. Por parte de los hombres del misterioso "Virrey", por otro.

Simon tenía cierta idea de la clase de personaje que era "El Virrey". Pese a su hispana nominación, recuerdo de tiempos pasados, era una variante más del dictador que trata de imponerse por las armas. Algo tan común como las bananas, la piña tropical o la caña de azúcar y el ron. Cuando "El Virrey" derrocarse a Carrados las cosas seguirían igual para la gente, que nunca ganaba nada con tales cambios. Pero habría otro jefe en el poder.

Pero la prensa victoriana al servicio de Carrados parecía poco entusiasta con la idea de aceptar la existencia de un auténtico movimiento revolucionario contra el poder actual. Los rumores sobre el fantástico "Virrey" tenían aire de fábula para niños en las páginas de los diarios de Puerto Caribe.

Bob Simon pudo darse perfecta cuenta de eso al hojear algunos diarios en el vestíbulo del hotel al descender, una vez acomodado en el Antillano Palace, situado en la calle Comercio, la más importante, al parecer, de la pequeña y pintoresca capital antillana.

Se preocupaba más por el paradero del ex presidente derrocado por la última revolución, el coronel Rojas Velasco, buen amigo de los Estados Unidos por cierto, que por el pretendido e intangible "Virrey". Rojas Velasco había sido un buen presidente. El golpe de Estado de Carrados le barrió del poder. De haberle capturado los soldados del nuevo presidente, Rojas Velasco no lo hubiera contado. El fusilamiento es, indefectiblemente, el fin de todas las

revoluciones.

Pero Rojas Velasco era un hombre inteligente y de rápidas decisiones. Había desaparecido de Victoria antes del desastre gracias a buenos amigos suyos en el extranjero. Ahora se ignoraba su paradero. Unos decían que estaba en Europa; otros, que en los Estados Unidos, e incluso había quien afirmaba que continuaba dentro de Victoria preparando un golpe de fuerza contra Carrados, y que la historia de "El Virrey" no era sino una habilidosa cortina de humo del bravo y veterano militar.

Bob Simon no entraba ni salía en la política de los países latinoamericanos. Era una cuestión delicada y tempestuosa, que se ponía más candente aún si la tocaban los ciudadanos extranjeros. Él había ido allí a salvar una vida: la de Ben Russell, agente federal de Washington. Lo demás era como un telón de fondo de su misión en Puerto Caribe. Un telón de tintas fuertes y sombrías, pero nada más.

Lo realmente difícil comenzaba ahora. Tenía que llegar hasta el condenado a muerte y rescatarle. Una empresa que parecía imposible.

Bob salió del hotel a recorrer la ciudad. Le pareció igual que todas las ciudades isleñas del Caribe. Con la vieja influencia española, con las calles estrechas, los muros blancos, los edificios modernos de los barrios comerciales, las viejas iglesias españolas, el suelo bien asfaltado en sus vías céntricas y empedradas y desiguales en los barrios extremos. Una ruidosa mezcla de automóviles de último modelo, viejos vehículos usados, tranvías y autobuses, llenaban sus calles, aturdiendo al peatón, en su mayoría vestido de blanco o de "beige", y en su mayoría también con la piel cobriza, bronceada o simplemente aceitunada. Las mujeres eran morenas y opulentas. Sus curvas se dibujaban con descaro bajo las tenues sedas y rayones policromados de sus vestidos. Además, sabían mover esas curvas de una forma mareante. De muchos locales brotaba música en discos. Aquí era un mambo; allá, un calipso. E incluso, a veces, un pasodoble español o una guaracha cubana.

Todo olía a caliente y a impetuoso, a ritmo, a sensualidad. El mar, frente a la bahía formada por el puerto y las playas cercanas, era azul y espumeante por los rompientes de roca. Uno de esos puntos rocosos entraba en el mar, cerrando casi la bahía por un extremo. Era un "morro" elevado, con una torre fortificada, viejo

recuerdo de la España del imperio, de los tiempos en que el Caribe era una plaga de filibusteros y piratas. Una fortaleza que aún lo era: la prisión militar de los condenados a muerte...

Bob Simon apartó con dificultad la mirada de allí. No debía demostrar excesivo interés por la vieja torre maciza. Él había ido a comprar frutas y a vender otra mercancía.

Eso era lo que oficialmente llevó a Roberto Simon a Puerto Caribe.

Regresó lentamente al hotel. Se sorprendió cuando, al pisar el vestíbulo, una voz untuosa preguntó a sus espaldas en inglés:

—Disculpe, señor. ¿Es usted Roberto Simon, de Puerto Rico?

Se volvió lentamente. La visión de un uniforme no alteró su sangre fría. Elevó los ojos hasta los oscuros y penetrantes que, sobre la nariz aguileña y el frondoso bigote, se fijaban en él.

—Sí, soy yo —respondió en correcto español—. ¿Desea algo?

—Simple formulismo, señor —sonrió el funcionario de la Policía—. Soy el sargento Spencer, Luis Spencer, de la Policía de Seguridad de Victoria. Acostumbramos a controlar la presencia de extranjeros en el país, turistas o comerciales. Especialmente en estas fechas, en que un conspirador yanqui va a ser ajusticiado.

—Por supuesto, estoy a su disposición, sargento —sonrió Simon, tendiéndole su documentación. Aquella documentación perfectamente preparada por los servicios especiales del F.B.I, como ciudadano portorriqueño, comerciante en frutas tropicales.

—Gracias, señor. Eso es todo —dijo el sargento, devolviéndole los documentos y saludándole con cortesía—. Por cierto que una persona compatriota suya va a ser expulsada hoy de Victoria.

—¿De veras?

—Sí. Se aloja en este mismo hotel. Pensamos que se conocerían ustedes o que eran familiares o amigos, al verle inscrito en el registro. Hemos venido especialmente a por ella para ponerla fuera del país.

—¿Y qué ha hecho esa persona, sargento para merecer tal actitud?

—Falseó la cantidad de dinero con que ingresaba en Victoria. Ahora resulta que no tiene fondos y trata de obtenerlos jugando en el Casino. Hemos recibido una denuncia al respecto. Tendrá que demostrar que posee dinero suficiente para mantenerse o regresará

a Puerto Rico.

—Entiendo —asintió Simon, pensativo.

Se volvió vivamente al oír violentas voces procedentes de la escalera del hotel.

—¡Suélteme! ¡No pueden hacerme esto! ¡Protestaré ante las autoridades, reclamaré a la Legación de Puerto Rico, a la de los Estados Unidos...! ¡Esto es un ultraje!

Bob Simon contempló a los dos policías de Victoria que arrastraban virtualmente a una mujer joven, de piel bronceada, ojos oscuros, pelo casi azul de puro negro, labios carnosos y nariz breve y graciosamente respingona.

Vestía un traje de seda amarilla que se acoplaba a sus curvas como una simple envoltura tenue, translúcida, que permitía apreciar la redondez de sus nalgas, la maciza firmeza de sus largos muslos y la protuberancia agresiva y vibrátil de un seno increíblemente suelto.

Se agitaba rabiosa entre los dos policías, repartiendo golpes a diestro y siniestro en cuanto tenía ocasión. Era muy bonita y llamativa e indudablemente un temperamento salvaje, sobre todo en ciertas circunstancias.

—Ya basta —cortó severamente Luis Spencer, el sargento de la Policía local, moviéndose hacia ella, molesto por el escándalo que alteraba al hotel—. Señorita De Soto, lamento hacer lo que hago pero usted carece del dinero indispensable para responder ante la ley de Victoria por su estancia en la ciudad. Perdió anoche en el Casino y eso la pone en difícil situación.

—¡Déjenme, cerdos! —chilló ella, con los ojos llameantes—. ¡Perdí porque trugaron las cartas y los dados para que perdiese lo que había ganado el día anterior y así poderme expulsar de su cochino país!

A Bob Simon le hizo reír la enérgica, fogosa energía de la joven. Spencer se volvió a él, algo molesto al oír su risa.

—Por favor, señor, no nos juzgue mal. Pero esta víbora ha de ser tratada como merece...

Alzó su mano, en la que empuñaba una delgada fusta de cuero trenzado, con la que sin duda pensaba cruzar el rostro de la joven, agresivamente encarada con él.

—¡Espere! —la mano firme de Bob se enroscó en torno a la

muñeca del oficial de Policía de Puerto Caribe, reteniendo la fusta en el aire. Tuvo que ser muy férrea la presión para ello y el sargento contrajo su faz, dolorido.

Revolvióse Spencer, mirando a Bob con poca simpatía. Este sonrió, añadiendo con tono suave:

—Espere, sargento, por favor... Todo puede arreglarse amistosamente, ya que se trata de una compatriota.

—¿Eh? ¿Qué quiere decir? —el sargento de Policía enarcó las cejas, sorprendido.

—Que siempre existe una especie de fianza o aval para cualquier extranjero residente en un país. Una cantidad de dinero que responde por su estancia y regreso al país de origen.

—Evidentemente. Pero ella —señaló a la enfurecida muchacha—, ella no lo tiene.

—¿Qué cantidad es ésa?

—Un mínimo legal de cien dólares, señor Simon. Y será mejor que no vuelva a interceder por ella. Es una maldita vividora que...

—Lo siento, sargento. Pero intercederé una vez más —buscó en su cartera. Extrajo cinco billetes de veinte dólares—, Yo respondo legalmente por esa joven en el terreno económico. Aquí está el mínimo en metálico exigido. Tome, señorita.

Ella no alargó siguiera la mano. Se encontró con los billetes entre los dedos, mirándolos perpleja. El sargento se revolvió furioso hacia Simon.

—¡No puede usted hacer eso! —protestó airado—, ¡Recoja ese dinero!

—Puedo hacerlo, sargento —sonrió Bob—. Ya lo hice. Legalmente, ahora ella tiene cien dólares. No puede expulsarla, según sus leyes. ¿No es cierto?

El sargento estudió a Bob con mirada tensa, poco amistosa. Lentamente se rehízo. Dibujó una sonrisa en sus labios carnosos, amplios.

—Bueno, legalmente ha puesto usted a salvo a esa chica. Pero no sabe lo que ha hecho. Por otro lado, soy testigo de que usted la ayudó económicamente. ¿Por qué?

—Es portorriqueña como yo. Eso basta.

—Bien. Tendrá que venir conmigo, si no le molesta, y ver al capitán Morán. Es el jefe de la Policía local. Expóngale la cuestión y

él resolverá. Eso es irregular y arbitrario, compréndalo.

—Escuche, sargento. No tengo que ir a ver a nadie con usted. Soy un ciudadano extranjero y tengo derecho a estar aquí. También puedo ayudar a un compatriota si lo deseo. Pero de cualquier modo iré a ver a su capitán. Sin policías por supuesto. No quiero que en el hotel piensen que voy por la fuerza.

—Muy bien, señor —asintió el sargento, saludándole con un golpe de su mano en la gorra—. Vaya dentro de una hora a la Jefatura de Policía. Está al final de la Alameda, señor. El capitán estará esperándole.

—No faltaré.

Salió Spencer, tras hacer un gesto a sus hombres, que le siguieron de mala gana, echando una ojeada rencorosa a la joven morena. Ella se frotaba ahora los brazos, doloridos por la pugna con los policías. Acababa de meter el rollo de billetes entre sus enhiestos pechos, con la mayor naturalidad del mundo.

De repente alzó la cabeza. Miró a Simon con ojos fulgurantes, la boca entreabierta, mostrando sus dientes blancos entre los labios carnosos y rojos.

—¿Qué está esperando? ¿Qué le dé las gracias? —preguntó en español fluido.

—No —rió Bob Simon—. Sólo espero que me diga cómo se llama.

—Ah, es eso —se encogió de hombros, arreglándose un poco el escote del vestido amarillo. Lo que logró fue mostrar dos pulgadas más de seno. Broncíneo, fuerte, vibrátil—. Mi nombre es Coral. Coral de Soto.

—Coral... —aprobo Simon—, Un bello nombre.

—¿También he de darle las gracias por eso? —habló ella, desgarrada la voz.

—No, no. No tiene que darme las gracias por nada. Olvídese de eso. Sólo he protegido a una compatriota. Eso es todo.

—¿Usted es portorriqueño?

—Claro. ¿Por qué cree que la ayudé entonces?

—No sé —se pasó las manos sobre el vestido amarillo que dibujaba todas sus prietas y morenas curvas—. Hay muchas razones que explican el que un hombre ayude a una mujer. Y todas muy parecidas...

—Olvídelas también —cortó secamente Simon—, No se me había ocurrido.

Ella se contoneó, acercándose algo más a él. Bob captó su vaho. Un indefinible aroma, mezcla de perfume y de carne caliente y joven. Embriagador. Por eso convenía no intentar emborracharse. Había cócteles sumamente peligrosos en el trópico.

—¿Acaso no le gusto? —preguntó, agresiva, adelantando sus senos violentos.

—Todas las chicas me gustan. Pero no voy repartiendo cien dólares a cada chica bonita que me encuentro. Usted es portorriqueña. Pensé en ayudarla. Es todo. No me gustaría que una compatriota fuera expulsada de Victoria ni de ningún otro país. Somos seres humanos, aunque muchos se empeñen en olvidarlo. Coral.

Ella pestañeó. El castellano limpio, de acento isleño, era típico de su tierra. Coral de Soto no dudó del origen de su bienhechor. Inesperadamente se inclinó hacia él y le besó la mejilla.

—Gracias —dijo escuetamente, echándose atrás como una niña que ha cometido una travesura—. Muchas gracias...

Bob sonrió, tocándose la mejilla. Coral tenía los labios frescos y húmedos. Cosa rara, el contacto resultaba, sin embargo, candente.

—¿Lleva mucho en este país? —preguntó.

—Tres días —expuso ella—. Ya había estado antes. Ahora las cosas no me fueron muy bien. Vine con poco dinero. Siempre tengo suerte en el juego. Pero esos cerdos lo saben. Hicieron algo sucio para que perdiese. El Casino es un antro. Y su dueño, el peor de todos.

—¿Su dueño?

—Sí. Oswaldo Rizo. Es un tipo asqueroso. Un vividor y una rata hedionda.

—Demasiadas cosas feas para un solo hombre, ¿no cree?

—Todas justas. Rizo me da náuseas. Pero se cree guapo. Y lo malo es que lo es.

—Ah, lo es.

—Sé lo que está pensando —sus pechos palpitaban con tal fuerza y su escote era tan profundo, que aquella vibración de carne morena mareaba a cualquiera—. Déjelo a un lado, amigo. Yo no miraría a semejante especie de hombres por nada del mundo. He

oído cosas terribles de él. Dicen que Amapola Méndez era muy amiga suya. Y ya ve cómo acabó.

—¿Cómo acabó?

—La agujerearon con balas —se expresó típicamente ella—. Los periódicos dicen que fue cosa del americano.

—¿El "americano"? —Bob se puso tenso, sin demostrarlo en absoluto.

—Sí, ese yanqui que van a fusilar. Pero seguro que fue cosa de Rizo. Todos saben que era su amiguita. Ahora ya tiene otra y parece tan feliz, Como si se hubiera librado de alguien que le estorbara. La de turno es Alma Ríos, la bailarina y cantante del Tropicana. Algo serio... para los tipos que les gusta lo morboso. ¿Le gusta a usted, amigo?

—Según como sea Alma Ríos —sonrió Bob, irónico.

—Es de la clase que gusta a los hombres —se acarició las caderas—. Un ánfora de carne, Y de sensualidad. Trae locos a los clientes y a los que no lo son. Pero, sobre todo, a Oswaldo Rizo. Ya olvidó a Amapola. Y Amapola era portorriqueña, como yo.

—Entiendo. Simpatizó con ella y odia a Rizo.

—Eso es. Eh, amigo, no sé cómo se llama aún.

—Roberto. Roberto Simon. ¿Por qué odia a Rizo si la mató el americano?

—Eso dicen los periódicos. Y aquí los periódicos dicen lo que quiere Carrados que digan. Quien dice Carrados, dice el capitán Morán, de la Policía de Seguridad. Y el gobernador de la capital Héctor Valdés, ese "barba azul", que manda en Puerto Caribe.

—Los periódicos dicen que el americano. ¿Quién dice usted?

Pareció que ella iba a contestar. Pero repentinamente entornó sus ojos ardientes, miró a Simon con fijeza y luego meneó la morena cabeza de lado a lado.

—No, amigo. Cien dólares no bastan. No arriesgaré la cabeza por ellos. Si la prensa dice que fue el americano..., pues fue él. Aquí sólo se vive si uno sabe ver, oír y callar, compatriota. No olvide eso... Por su propio bien.

—No lo olvidaré. Precisamente esta noche visitaré el Casino y el Tropicana. Me conviene recordar ese consejo. Coral.

—Seguro que sí —ella agitó una mano, al ver que Bob se alejaba de ella hacia la escalera del hotel—. Y... gracias otra vez, Roberto.

Simon hizo un gesto ambiguo y se perdió por la salida del hotel. En el vestíbulo, Coral se quedó mirando hacia donde Simon se dirigiera. Luego, muy despacio, fue hacia la recepción. Pidió al conserje:

—Línea telefónica, por favor.

Se la dieron. Una vez establecida, solicitó de la central de Puerto Caribe:

—Con el palacio del Gobierno Civil, por favor. Sí, con el propio gobernador Valdés...

Una sonrisa indefinible vagó por los carnosos, rojos labios de Coral de Soto. En la calle, Bob Simon pasó con un automóvil de alquiler camino de la Jefatura de Policía local.

CAPÍTULO 4

EL capitán Morán colgó el receptor telefónico, sin que la sonrisa enigmática abandonara sus labios. Miró de hito en hito a su visitante y alargó la pausa.

—De modo que dio el dinero a esa chica sólo por simpatía a una compatriota —habló al fin.

—Sí.

—¿Y si le dijera que miente?

Bob Simon no se inmutó. Soportaba impasible la mirada escudriñadora del policía.

—Sería usted quien mintiese entonces, capitán —replicó, en un español tan perfecto como el del oficial de policía—. Y no creo que la autoridad haga eso nunca.

Morán soltó una breve risa. Se incorporó, cruzando las manos a su espalda. Paseó, hasta detenerse ante el visitante de la Jefatura de Policía.

—Está bien —aceptó—. Sabemos que no conocía a la chica, señor Simon. Aceptamos su explicación. Puede retirarse, volver a su hotel si lo desea.

Bob pareció sorprendido por tantas facilidades.

—¿Habla en serio, capitán?

—Completamente. ¿Qué creía?

—No sé. Tengo una impresión quizá errónea de ciertos países del Caribe. Me dijeron que a uno le dan suelta y de pronto le meten una bala por la espalda para justificarse luego diciendo que el individuo en cuestión intentaba fugarse.

—Melodramático —rio Morán, entornando sus ojos—. Y truculento, señor Simon. No somos tan... mefistofélicos. Al que consideramos culpable de algo grave le hacemos fusilar. Con toda

legalidad.

—¿Como al americano?

La mirada de Morán fue cáustica. Parecía querer leer sus pensamientos.

—Como al americano, sí —aprobó lentamente—. He consultado su caso con el Gobierno Civil de Puerto Caribe. El gobernador, Héctor Valdés, considera que no hay razón para inculparle de nada. Coral de Soto es una muchacha medio salvaje e indeseable, pero usted ha legalizado su situación en Victoria. Tendrá que seguir aquí... al menos hasta que pierda sus cien dólares en el Casino. Entonces podremos volver sobre ella y echarla del país.

—¿Por qué la han tomado con ella, capitán? No parece mala chica.

—Señor Simon; hay unas leyes que rigen igual para todos. Si ella se queda sin un centavo en el juego no esculpa nuestra. Una mujer joven y atractiva, sin dinero, podría prostituirse. No deseamos que eso suceda en nuestro país.

—Entiendo. Ustedes pensaron, al principio, que yo podía darle dinero por...

—Exactamente —cortó el capitán—. Eso, por supuesto, es cuenta suya, ya que ambos son mayores de edad y no son súbditos de Victoria. Pero debemos velar por cierta moralidad en nuestro territorio.

—No creí hallar un país tan puritano. No es frecuente en estas regiones tropicales.

—El general Carrados quiere terminar con muchas cosas. Entre ellas la trata de blancas, la corrupción de muchachas menores y la prostitución. Si no cortamos por lo sano difícil será resolver esos problemas, señor Simon.

—Sí, ya comprendo. Bien, capitán. Gracias por todo y buenos días.

—Un momento aún, señor Simon —le detuvo Morán, untuoso—. ¿En qué dijo que comercia usted?

—En muchas cosas. Pero especialmente en frutos tropicales y en maquinaria agrícola. He hecho una compra de maquinaria en los Estados Unidos, que debo cambiar por remesas de frutos del país. Esa maquinaria llegará a puerto un día de estos. Espero no haya dificultades para su entrada en el país.

—Mi querido señor Simon, toda clase de maquinaria agrícola goza de preferente trato para la admisión en mi país —sonrió el policía—. Siempre que se compruebe previamente que, en efecto, "es" maquinaria agrícola.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada. Recientemente hubo cierto tráfico de armas ilegalmente importadas. Se devolvieron a los Estados Unidos, cuando la Policía Federal nos denunció el caso a través de la Interpol. ¿Comprende nuestros recelos, sobre todo, señor Simon?

—Sí, claro está —dijo Bob, que de buena gana le hubiera preguntado a Morán por qué se había devuelto una remesa sin importancia, al aparecer la denuncia de Interpol, cuando cientos de remesas de armas robadas, fueron misteriosamente absorbidas por "alguien" de Victoria. Pero no preguntó nada, porque, en cierto modo, eso sería como firmar su sentencia de muerte.

De regreso al hotel, Bob Simon se dijo que Victoria era un curioso, extraño país. El Gobierno de Carrados, preocupándose de la moral. Un gobernante en el exilio, con paradero desconocido, y un aspirante al Poder, "El Virrey", vagando como un fantasma incorpóreo sobre la isla del Caribe.

En esa tupida red política, un hombre aprehendido, como una mosca indefensa: Ben Russell, agente del F.B.I. Un G-man en capilla...

Y él, otro federal, como comprador de frutos tropicales, a cambio de material técnico para la agricultura atrasada de Victoria. Una rara situación la suya. Ni siquiera sabía en quién confiar.

Precisamente por eso, Bob Simon optaba por la solución más cómoda y tajante: no confiar en nadie. Absolutamente en nadie.

Al entrar en el Tropicana, descubrió inmediatamente a Dave Humphrey y a Walt Crayne. Ellos también le vieron a él. Pero tanto unos como otro, parecieron ignorarse y desconocerse totalmente. Ni un solo movimiento muscular, ni un gesto, ni una mirada, reveló el mutuo conocimiento.

Los federales estaban con un joven bien parecido, de traje color avellana y zapatos claros. Era Raúl Ribera, Bob lo reconoció por una fotografía que viera de él en casa de Debra. Un buen amigo de ella. Y, por tanto, de Ben Russell.

Ocupaban una de las mesas de pista. Una buena propina de Bob,

permitió que el camarero le acomodase en otra de las mesas de primera fila, en torno a la pista donde se desarrollaba el "show".

Asistió, indiferente, con un combinado de ron ante sí, al paso de las atracciones mediocres que formaban el programa. Alma Ríos era la "estrella" del espectáculo, y aparecía en último lugar.

Estaba justificado. Cuando Bob la vio surgir se quedó sin aliento.

Alma Ríos era una especie de huracán del Caribe, una vorágine ardiente y sensual, que electrizaba a los espectadores con su cimbreo escalofriante, con su calculado y bien medido "strip-tease", que nunca llegaba a ser lo que la gente esperaba, sino una insinuación más turbadora que lo imaginado. Su melena roja llameaba en medio de la pista encendida, sus muslos morenos trenzaban increíbles movimientos, sus senos amenazaban desbordar, en una catarata de carne caliente, las breves tazas de su corpiño verde y amarillo, y el rostro era como la faz de una diosa pagana, exigiendo el rito estremecedor y lujurioso de las sacerdotisas del Amor.

Los "bongós", las maracas y el piano, ponían una enfebrecida, rítmica, casi telúrica música de fondo a las sacudidas espasmódicas, sinuosas, a los culebreos de sierpe hermosa de aquel cuerpo exuberante y bronceado, que hacía brillar el sudor tenue que humedecía su piel al desesperado, frenético ritmo de la danza antillana.

Finalmente, Alma Ríos cayó, en un alud de bronce y escarlata, a los pies de un espectador, encogida contra su mesa, ofreciéndole la casi total desnudez de sus curvas, en un jadeo final, de agotado esfuerzo.

El espectador era Bob Simon.

Contempló largamente a la joven. Todos aplaudían, como hipnotizados por el influjo sensual y mórbido de la hembra. Todos, menos Bob, que la miró, sereno y sorprendido.

Ella alzó a él sus ojos. Eran grandes y hermosos. Como su boca roja, como su melena igualmente roja. Como su seno de bronce opulento y vibrante.

—Tengo miedo —jadeó entre dientes—. ¡Ayúdame, por Dios!

Lo había dicho en español. Bob parpadeó. Por si había dudas, lo repitió en inglés:

—I'm afraid. Oh, God, help me, sir! Help me...

Bob se puso rígido. Por el rabillo del ojo, descubrió a través de un espejo color caramelo de una columna inmediata a su mesa, que tanto Ribera como los dos federales estaban pendientes de él y de la danzarina de la sensualidad y el ritmo.

Se inclinó para ayudar a la joven. Ella se apoyó en sus manos. Las oprimió con fuerza. Tenía las uñas pintadas de color plata. Al incorporarse, sus senos golpearon el torso de Bob, quizá intencionadamente. Una vaharada de olor a piel cálida, a perfume y a cuerpo joven y limpio, hirió la sensibilidad de Bob Simon. Luego, la danzarina sonrió a todo el público, como si aquello formara parte de su exhibición. Describió un giro, desprendiéndose de Bob. Y luego, con unos pasos de baile, acompañados por el "bongó", abandonó la pista entre una atronadora salva de aplausos.

Bob Simon se quedó inmóvil, rígido. Mirando las cortinas de rojo terciopelo por donde desapareciera ella, la Alma Ríos que fascinaba a su clientela a base de "sexy" y de sentido rítmico. De cerca no era tan bella como parecía. Era más bien exótica, llamativa, impresionante. Pero no bonita.

Cerró sus dedos con fuerza en torno de algo. Algo que estaba aferrado entre ellos y que sólo él sabía que estaba allí. Él... y la bailarina pelirroja.

Era un anillo, Bob estaba seguro. Un anillo desprendido de un dedo de ella, voluntariamente. Pero al anillo iba enrollado algo. Muy fino. Quizá celofán, o papel de seda, o plástico finísimo. Algo que crujía levemente bajo la presión de sus dedos.

Hundió con naturalidad la mano en el bolsillo, para extraer un paquete de cigarrillos. En su lugar, quedó el anillo, allá en el fondo. Cuando encendió, con mano firme, no reveló el menor nerviosismo. Impertérrito, se incorporó poco después, y fue a los lavabos.

No extrajo el anillo hasta encerrarse en el "closet". Entonces, a la cruda luz azulada de los aseos, examinó el anillo. Era de oro de baja calidad. Llevaba enroscado una tenue hojilla de papel de celofán color amarillo, como el propio oro.

Lo desenroscó. Era una curiosa tarjeta de visita impresa sobre tan delicado y ligero papel. La leyó:

ALMA RIOS

Alameda Oeste, 232

Puerto Caribe

Escrito a mano, habían añadido algo, sobre la letra impresa:

" ¡Sé quién es usted! Le espero. A las dos y media. Tiene que ayudarme."

Miró su reloj de pulsera. Las doce y veinte. Había mucho tiempo. Suficiente aún para ir al Casino. Y para telefonar a los muelles de Puerto Caribe.

Guardó el papel celofán amarillo dentro de su paquete de cigarrillos, enrollado entre pitillo y pitillo. Regresó tranquilamente a la sala, pero solamente para dirigirse a una cabina telefónica y pedir número: el de la Consignataria de buques procedentes de Puerto Rico y Estados Unidos.

Le pusieron, a pesar de lo avanzado de la hora. Había servicio constante de información al público. Bob se dio a conocer:

—Soy Roberto Simon, comerciante portorriqueño. Mi firma comercial es "Simon Limitada, Productor del Trópico, San Juan". Espero una remesa de doce cajas de material agrícola. Quisiera saber si pueden llegar esta noche o mañana a Puerto Caribe.

—Un momento, señor —le pidió la voz de su interlocutor. Hubo una espera. No muy larga. Por fin, la voz habló—. Puedo informarle ya, señor. Hay un envío de doce bultos a nombre de Roberto Simon, de Productos del Trópico, de San Juan de Puerto Rico, en el "dock" dieciséis, tinglado once, de este muelle. Arribó en el "South Line" esta misma tarde. Mañana le será consignado a donde solicite si no desea retener en el muelle la mercancía.

—Gracias. Eso es todo —colgó, con una sonrisa satisfecha, y abandonó la cabina telefónica, regresando a su mesa para pagar y marcharse del Tropicana.

No pareció advertir que, de otra cabina telefónica inmediata a la suya, salía alguien. Alguien que había escuchado perfectamente la conversación, a través del hilo telefónico de otro aparato conectado con el de Bob. Y que, acto seguido, hizo otra llamada, repitiendo la información recibida por Bob Simon.

Bob pidió la cuenta. Pagó, tras examinar la nota, donde trazó pensativamente algunos dibujos y cifras. Se ausentó.

Poco más tarde, Dave Humphrey se incorporaba de la mesa donde se hallaba con Crayne y Raúl Ribera, y echaba una ojeada fugaz a la factura de Bob, antes de cruzar hacia los aseos. Pudo ver, claramente, las cifras trazadas a lápiz por Bob, bajo la cuenta del

local: 1 y 6. 1 y 1.

Sabía lo que era eso: "dock" 16, tinglado 11. La mercancía de Bob Simon había llegado ya.

Pero nadie, por astuto que fuese, hubiera podido advertir ese juego entre el supuesto comerciante portorriqueño y el federal americano que ni siquiera había cambiado una mirada con él.

CAPÍTULO 5

LAS dos figuras se movieron sigilosamente en la oscuridad. Parecían saber a dónde iban. Muy clara y concretamente.

Apenas si brilló una décima de segundo el círculo de luz blanca, iluminando el número del tinglado de aquel “dock”: once.

Habían salvado las altas vallas de madera y hierro que aislaban los almacenes de mercancía, así como la vigilancia de los aduaneros, muy lejos ahora de ellos.

—¿Preparado, Humphrey? —preguntó uno.

—Sí, Crayne —añadió el otro escuetamente.

Llegaron sin producir el menor ruido hasta la serie de fardos, cajas de embalar y baúles que formaban pilas en aquel tinglado. El cono de luz lo recorrió todo, hasta detenerse en un rótulo de pintura negra, sobre tablas de madera:

"Expendedor y destinatario: Roberto Simon, de Productos del Trópico, San Juan de Puerto Rico. —Destino: Puerto Caribe, República de Victoria."

—Esto es —habló el llamado Crayne roncamente— ¿Fracturamos los embalajes?

—Uno solo bastará. Si hay lo que esperamos, será suficiente.

—¿Qué esperas encontrar tú?

—Te lo diré si lo encuentro —rió huecamente Humphrey—. Anda, ayúdame. No podemos perder tiempo. He medido lo que dura el paseo de los carabineros. Dentro de diez minutos estarán aquí otra vez.

Asintió Crayne. Extrajeron unas palanquetas de debajo de sus ropas. Fue tarea fácil levantar las tablas de las cajas. Y más fácil aún quitar paja, virutas, papeles...

—Maquinaria agrícola —suspiró Crayne—. Solo eso,

Humphrey...

—Aparentemente, sí —asintió su compañero, tocando los arados, las piezas desmontadas de las herramientas para cultivo de campos y tierras—, Pero aún no me doy por vencido.

Se inclinó. Arrancó otra tabla, esta vez en la parte inferior de la caja. Salieron más virutas, más papel y paja. Y nuevas extremidades de piezas de maquinaria por montar.

Pero esta vez, salió algo más. El extremo de un envoltorio en trapo y gamuza, cuidadosamente ligado. Se miraron los dos federales en la sombra. Se inclinaron. Un cortaplumas afilado rasgó la envoltura de tela. Emergió un tubo metálico, engrasado, pavonado. Con un afilado punto de mira en su extremo...

—Armas —suspiró Humphrey—. Armas de fuego, Crayne. Como temíamos...

Se volvieron. Más bien lo intentaron. Porque de las pilas de fardos hacinados a sus espaldas, surgieron dos sombras tan sigilosas y ágiles como ellos mismos. Dos manos, armadas de macizas porras de goma, se abatieron sobre su nuca, en forma contundente.

Bastó un golpe para Humphrey. Dos para Crayne, que aún se agitaba, pugnando por rehacerse tras el primero. Ambos rodaron al pie de las cajas de madera. No se movieron.

Sus agresores, sin prisas, se inclinaron sobre ellos. Tiras de cinta adhesiva, ancha y fuerte, unieron sus muñecas a la espalda y sus tobillos también. Un esparadrapo de considerable anchura ciñó sus labios.

—Ahora, ya podemos trabajar —musitó uno—. Estos yanquis nos facilitaron bastante las cosas...

* * *

En el Casino se jugaba fuerte.

No importaba la miseria y el bajo nivel de vida del país, evidente en la mayoría de barrios de la capital, junto al contrasentido de las grandes edificaciones urbanas de su centro comercial, y a los lujosos automóviles de importación de muchos magnates del país. Allí, corrían los dólares en mayor profusión que la propia moneda del país. Era el contraste de siempre, la paradoja de los sistemas de gobierno como aquel de Victoria.

Bob Simon cambió hasta quinientos dólares en caja, recibiendo

fichas de tres colores y tamaños. Pero le miraron como si se burlase de ellos con aquella cantidad. Bob, sonriente, se había excusado ante el cajero:

—Nunca necesito más. Ni siquiera para desbancar...

El cajero no había comentado nada. Pero alguien oyó a Bob el comentario. Un hombre de implacable smoking blanco y una gardenia en el ojal, que le vio pasar junto a sí, camino de las salas de juego, y se apresuró a tomar un teléfono interior, informando a alguna parte del edificio...

—Ya está aquí el portorriqueño. Sí, el del Tropicana...

Para ser su primer día de estancia en Puerto Caribe, Bob Simon parecía ser ya muy conocido de diversas personas de la isla. Y él parecía darse cuenta de ello, aunque no lo demostrase en absoluto.

El gran reloj luminoso que presidía la escalera de acceso a las salas de juego del Casino de Puerto Caribe, marcaba la una y media cuando Bob Simon ascendía sus tramos, sin prisas aparente, con aire de hombre seguro de sí mismo y habituado a frecuentar tales sitios.

El joven federal pensó que aún tenía tiempo suficiente de acudir a su cita misteriosa con Alma Ríos, la bailarina del Tropicana. Podía ser, ciertamente, una trampa. Es más, él estaba seguro de que lo era.

Pero tenía que ir a ella. A sabiendas de que había peligro en hacerlo.

Se veía tan lejos de la fortaleza de la costa, y del paradero hermético e inaccesible de Ben Russell, que todo parecía irrealizable. Pero un G-man no podía darse por vencido. Aún no era momento de entonar un réquiem por Ben Russell, el G-man condenado al piquete de ejecución. Pero eso no quería decir que dispusiera de excesivo tiempo y probabilidades para evitarlo de algún modo.

Este era un juego en el que todas las cartas buenas estaban en manos del jugador contrario. Iba a tener que ganar la apuesta con un "farol", o con cartas marcadas. Si le dejaban.

Entró en el elegante garito autorizado por la ley en Victoria. Un Casino, pensó Bob, no tiene nada malo en sí. Lo peor es la gente que lo frecuenta.

Paseó entre ejemplares asombrosos de la fauna humana. Jugadores febriles, hombres gordos y grasientos, de tez oscura, que

tiraban fortunas sobre el tapete verde. Mujeres enjoyadas, muchas de ellas mestizas, que incluso llegaban a pignorar sus joyas en la caja del Casino, para seguir jugando cuando perdían su caudal.

La fiebre del azar, siempre esquivo con el jugador, parecía invadirles a todos. Como una epidemia contagiosa y sutil, que se difundía en el aire mismo. Las bebidas frescas eran gratuitas en el salón de juego. Bob se aproximó a una mesa, con un alto vaso de ron, cola, hielo y una rodaja de limón. Sorbió lentamente, mientras estudiaba a los jugadores. Tiró dos fichas a dos números de la ruleta. Perdió. A la tercera, recuperó sus pérdidas. Se apartó de allí. Fue hasta una mesa de bacarrá. No jugó. Pasó de largo hasta otra mesa destinada al póker, y tampoco jugó. Un criollo fofo y gordinflón, ocupó un sitio vacío, con unos impresionantes fajos de billetes de veinte y cien dólares. Nadie le pidió que los cambiara por fichas.

Bob sonrió, regresando a la mesa de la ruleta. Alguien acababa de acertar un pleno. Y luego, otro. Alguien que antes, al pasar él, tenía ya un buen montón de fichas ante sí. Pero ahora no era un beneficio vulgar. Allí había miles de dólares. Unas manos de mujer, largas y sensitivas atraían hacia sí todo el montículo de fichas.

—¡Es mío, todo mío! —gritó la ganadora—. ¡Me juego veinte mil al mismo número!

Dejó una gran cantidad en aquella cifra. Había muy pocas probabilidades de que la sacara. Casi ninguna. Pero cuando la bola giró, brincó, y dio tumbos, fue a detenerse finalmente sobre el número que ya saliera antes: el doce.

Un alarido, y una cascada de fichas para la afortunada jugadora. Bob Simon hacía rato que contemplaba su rostro, su profundo escote de bronce terso, sus manos febriles.

Era ella: Coral de Soto. La portorriqueña del hotel. La muchacha a quien prestó cien dólares para que no fuera expulsada de Victoria.

Sólo a punto. Porque cuando todos esperaban otro alarde de valor por su parte, se irguió resueltamente, con sus manos llenas de fichas, que metía febrilmente en su monedero, y manifestó en voz alta:

—Tentar a la suerte dos veces, es de audaces. Tres, de suicidas. Pero sobre el que la tienta cuatro veces, nadie ha dicho nada. Sencillamente porque no existe esa clase de persona. Me retiro,

señores.

—¿Se... retira? —balbuceó el "croupier", con una repentina y sospechosa palidez—. ¡Pero si gana casi doscientos cincuenta mil dólares!

—¿Eso importa algo? —replicó ella, tajante.

—No..., no... —balbuceó el "croupier", mortalmente pálido. Se aflojó la corbata, como si necesitara aire. Y, quizá, lo necesitaba realmente—. Pero usted..., usted...

Coral de Soto se alejó altivamente con su fortuna en fichas, camino de la ventanilla de cambios. Miradas de envidia, de estupor y de incredulidad, la escoltaban en su camino triunfal.

—Deme el cambio —pidió ella al cajero—. Y nada de cheques, amigo. Todo en billetes de cien dólares. No quiero pesos Victorianos.

El cajero tragó saliva. Miró angustiosamente al hombre del impecable smoking blanco y la gardenia en el ojal. Este, rápido, se acercó hacia la ventanilla, en tanto el cajero comenzaba a contar las fichas.

—Buenas noches, señorita De Soto —dijo calmamente el hombre.

—¡Oh, hola, Walter! —saludó Coral con naturalidad—. Tuve suerte, ¿eh?

—Mucha —sonrió el otro, con la boca torcida—. No la vuelva a tentar otra vez.

—Claro que no. Soy una chica inteligente. Anduve tras una oportunidad durante mucho tiempo. Ahora me voy. He ganado suficiente ya.

—A eso me refería. Usted no tentará a la suerte "jugando"... sino marchándose. Es decir, intentando marcharse.

—¿Eh? —sin entender aparentemente, ella miró al hombre con sorpresa—. ¿Qué quiere decir, Walter?

—Lo que he dicho. Cobre ese dinero, y no saldrá del Casino. Ande, tome sus fichas y vuelva a jugar. No cometa errores tontos, ¿quiere?

—Eh, un momento —se engalló Coral—. ¿Qué quiere decirme con eso? ¡Yo quieroirme! ¡Perdí mi dinero noches atrás, y nadie me lo repuso al marcharme! ¡Hoy, que gané el pleno de ruleta por tres veces, no voy a dejarlo aquí estúpidamente! ¿Cuánto hay, cajero?

—Doscientos cuarenta y dos mil seiscientos veinte dólares —dijo el cajero casi sin voz—. ¿Los quiere en billetes de mil?

—Sí. Y guárdese el pico —rió ella, jovial, estirando su traje de seda tenue sobre su magnífico, exuberante busto—. Vamos, tengo prisa.

El cajero meneó la cabeza, comenzando a situar ante ella fajos de billetes. El hombre de la gardenia no dijo nada. Fue al teléfono interior. Habló algo por él.

Luego, despacio, regresó cerca de Coral, que con una bolsa de celofán resistente, con la marca del Casino, iba apilando fajos y fajos de billetes americanos de cien.

—¿De veras espera salir con eso, señorita De Soto? —preguntó de repente.

Ella, desafiante, le miró con pupilas chispeantes, agudas. Afirmó, despacio.

—Sí. ¿Es que piensa impedírmelo?

—Yo, no. El señor Rizo. Oswaldo Rizo no gusta de ser desbancado. Ni engañado.

Coral enarcó las cejas. Sostuvo su mirada en la dura, metálica, del hombre del Casino. Vio la ojeada de éste a sus espaldas, mientras precintaba con una cinta adhesiva roja, la bolsa repleta de billetes. Se volvió en el acto.

—¡Vaya! —murmuró, sarcástica—. ¡Qué gran honor! El propio Oswaldo Rizo, viene con sus “gorilas” a disuadirme de mi idea, ¿no es cierto?

—Me temo que sí —respondió Walter—, Le dije que volviera a jugar. Es lo sensato.

—¿Y si no lo hago?

—El patrón es influyente. Puede retenerla. Decir que robó dinero para jugar o algo así. Nosotros seremos sus testigos —Walter se encogió de hombros—. Usted y yo, sabemos que no es así, señorita De Soto. Pero él es quien paga...

—¡Cerdos! —ella escupió a los pies de Walter, que dio un leve respingo. Agitó la bolsa repleta de billetes, volviéndose como una tigresa hacia Rizo, que se encogió levemente, al pie de la escalera. Le escoltaban dos hombres fornidos, bien vestidos, de facciones brutales, que acusaban su origen pugilístico—. Vamos, señor Rizo, ¿por qué no me lo roba al menos con cierto valor? Un revólver

estaría mejor...

—Coral de Soto, usted sabe que no puede llevarse eso —silabeó el hombre altísimo, moreno y enjuto, de mejillas sumidas, ojos negros y nariz recta, sobre la boca delgada y cruel. La señaló con mano larga, huesuda, en la que centelleaba una gema verde fulgurante: una hermosa, gigantesca esmeralda—. Sea buena chica, y no cometa errores.

Los dos gigantones iban tomando posiciones. Walter, también. Sólo Oswaldo Rizo se quedaba como al margen, simple espectador del cerco sobre la morena, hermosa y agresiva muchacha.

—Es el primer dinero auténtico que poseo —ella parecía despedir chispas por todos los poros de su bronceada piel, desde los redondos hombros y los senos potentes, hasta las agresivas caderas y los fuertes muslos ceñidos por la seda del traje—. ¡No lo soltaré, puercos! Ustedes quisieron jugar a su modo. Yo lo hago al mío. Si me atacan, llamaré a la Policía.

—Hágalo —rió Oswaldo Rizo—, Sabe que no tiene la menor posibilidad favorable. Aquí, yo soy alguien. Usted, una portorriqueña nada apreciada ni deseable por las autoridades. Le quitarán ese dinero, la encarcelarán por estafa al Casino, y luego la expulsarán del país. Vamos, vamos, sea buena chica y vuelva al juego. Cumpla con su deber, ¿quiere?

—Mi deber... —ella se mordió el carnosos labio inferior con sus blancos dientes—. Ahora puedo negarme a muchas cosas, Rizo. Tengo dinero. Mucho dinero...

—Ese dinero no le servirá de nada, muchacha. Sea juiciosa. Cobrará su parte por lo que ha de hacer. Es todo. Si juega sus propias cartas lo perderá. "Todo".

—¿Incluso la vida?

—Incluso la vida, sí.

—¿Como Amapola Méndez? —desafió Coral.

Los ojos malévolos de Rizo se entornaron. Asintió despacio.

—Como Amapola, sí —confirmó una vez más. Tendió la mano—. Vamos, sea buena chica. El juego terminó. Deme ese dinero. Tendrá fichas otra vez para jugar, hasta...

—Hasta que el americano pique el anzuelo, ¿no? —jadeó ella, furiosa—, ¡No, no... y no, Rizo!

—¡Estúpida, loca! —aulló el dueño del Casino, al iniciar Coral

una carrera hacia la salida del local de juego, sin soltar su bolsa de celofán—. ¡Cogedla! ¡No debe salir!

No saldría. El bofetón de uno de los "gorilas" la derribó por el brillante suelo embaldosado, patinando sobre sus piernas. Otro guardaespaldas de Rizo estiró la mano, arrancándole la bolsa de celofán, que se rasgó, lanzando por el suelo un alud de fajos de billetes.

—¡No, no! ¡Oh, no, eso es mío! —lloriqueó la joven, revolcándose con sus piernas en alto, al aire sus bellos muslos de bronce—, ¡Es mío...!

—¡Vamos, recogedlo pronto, antes de que la gente se dé cuenta de nada! —silabeó Rizo, y se volvió hacia ella, escupiéndole el insulto—. ¡Necia!, pagarás esto...

Le tiró un patadón que la hizo rodar, con el impacto de su brillante zapato blanco en el costado. Ella gimió. Furioso, Rizo fue hacia la joven, dispuesto a continuar el castigo en el solitario vestíbulo, donde sólo se hallaba él, su escolta y la infortunada Coral.

—¿Por qué no me pega a mí, señor Rizo? —habló suavemente la voz a su espalda.

Oswaldo Rizo giró en redondo, encarándose con el que hablara. Descubrió entonces que ya no estaban solos. Alguien había salido de la sala de juego: el joven moreno, de negro cabello y oscuros ojos. El portorriqueño Roberto Simon.

—¿Quién le mete a usted en esto? Esa muchacha es una estafadora. Quiso robar al casino.

—Miente, señor Rizo —cortó fríamente Simon—, Jugó y ganó. Eso es todo. Pero evidentemente habían convenido que luego perdiese. Ella cortó la jugada antes. Demasiado pronto para sus planes, señor Rizo.

—¿Qué demonios pretende decir?

—Usted quiere que ella entable amistad conmigo. Primero, en el hotel. Luego, aquí.

—¿Está loco, señor? —Rizo dilató sus ojos, fijos en Bob.

—Posiblemente —rió Simon, encendiendo un cigarrillo—. No sé lo que anda buscando. Pero sea lo que sea, lo hace con ayuda de sus amigos de la Policía. Me puso ante las narices a la bonita señorita De Soto, desvalida y sin medios. Esperaba que la ayudase y lo hice

así. Luego, un segundo encuentro en el casino, la devolución de mi dinero por una chica que había ganado algo con él, una amistad incipiente y todo eso... Muy gastado, Rizo. Muy tonto e ingenuo todo. No podía engañarme.

—Parece saber mucho —Rizo entornó los ojos—, ¿Qué más sabe?

—Ella ganaba con demasiada facilidad para ser real. Nadie tiene esa suerte. El croupier no reflejaba sorpresa, pese a sus esfuerzos. No es buen actor, señor Rizo.

—Lástima. Tendré que cambiarlo.

—Sí, posiblemente, si quiere un comediante en vez de un croupier. Cuando ella se retiró con su dinero sí que hubo sorpresa. Eso no entraba en el programa. Es divertido.

—¡Eh, cuidado! ¡Se escapa! —aulló uno de los "gorilas", descubriendo a Coral, que se llenaba el escote con fajos de billetes para escabullirse entre ellos camino del exterior.

El otro guardaespaldas voló hacia ella y la derribó de un empujón. A la infortunada Coral se le cayeron los billetes de entre los pechos. El "gorila", no conforme con eso, se dispuso a golpearla a conciencia. Hundió sus manos bajo la ropa, buscando los billetes y quizá algo más.

Ella chilló, Bob Simon avanzó a largas zancadas.

—Espere —cortó vivamente Rizo, cruzándose ante Bob.

El joven le apartó con facilidad pasmosa, tumbándole con un impacto seco al estómago, que le hizo caer de rodillas, tosiendo y boqueando, blanco como el papel.

El otro guardaespaldas de Rizo se precipitó sobre Bob. Este lo eludió, cayendo sobre el que se disponía a maltratar brutalmente a Coral y abusaba ya de su fuerza, manoseándola groseramente, pese a los esfuerzos de la frenética muchacha.

Le hincó un zurdazo tremendo, tajante, en el abdomen. Se dobló el grandullón. Y el filo de la derecha de Bob, abierta a usanza japonesa, le hizo crujir las vértebras cervicales de un modo siniestro.

Antes de que rodara en seco por el suelo embaldosado, Bob habíase vuelto con un giro inverosímil de cintura, fintando el mazazo de un puño mastodóntico y pasando luego al ataque sobre la desequilibrada mole física del guardaespaldas atacante.

Le bastó una simple llave de judo, apoyándose en la pierna falsa del contrario, y luego una segunda llave, que lo precipitó de bruces al embaldosado. Una vez allí, vacilante y entorpecido, el gigantesco individuo recibió un patadón brutal en el mentón, que le pareció hacerle estallar. Saltaron dientes rotos y sangre entre los labios contraídos del hombre. Luego se quedó quieto.

Walter, ante aquel alarde de combatividad y precisión, echó a correr, sobresaltado. Bob rió entre dientes, estirándose un poco el traje claro, antes de inclinarse hacia Rizo, que tosía, aturdido, poniéndose en pie con lentitud.

—¿Se encuentra bien, señor? —indagó, Bob, apacible.

—Infiernos, cómo pega usted... —jadeó Rizo, tocándose con gesto de dolor el estómago. Perplejo, contempló a su escolta vencida—. ¿Quién le enseñó eso?

—Sería largo de contar, amigo.

—Es agente del Gobierno americano, ¿verdad? —silabeó Rizo.

Bob soltó una carcajada. El dueño del casino le miró con asombro. Al lado de Simon trató de deslizarse alguien con celeridad. Rápido, Bob estiró la mano. Aferró a Coral por el negro pelo y tiró sin contemplaciones. Ella gimió, terminando por pararse.

—No, no —negó Bob—, Nada de escaparse con ese dinero, Coral. No es suyo.

—Yo lo gané... —gimió ella.

—Sólo por servir de señuelo conmigo. Para cazar a un supuesto federal —meneó la cabeza—. Eso sí que tiene gracia, Rizo. Yo... federal.

—¿Qué es entonces? Comerciante en frutos... no creo.

—Sabe mucho, Rizo —entornó Bob los ojos agudamente—, Pero yo no le dije que fuera eso.

—Se lo dijo a la Policía, a las autoridades locales.

—Oh, eso... —Bob se encogió de hombros. Estaba mirando acusador a Coral, que tiraba los fajos de billetes a la bolsa de celofán, extrayéndolos de todo rincón de su turgente cuerpo donde fuera posible ocultarlos. Ella siguió sumisa, sin que Bob le soltara el cabello—. Bien, Rizo, nunca se fíe de lo que uno dice a la Policía. Hago negocios de frutos, sí; pero eso no quiere decir que me dedique "sólo" a ello...

—¿A qué entonces?

—Sabe mucho... y aún quiere saber más —Simon soltó una breve risa—. Siga imaginando que soy un agente americano. Es divertido.

—No para mí. Prefiero saber quién es exactamente.

—No me gusta hablar de mí mismo. Soy muy modesto. Rizo. Bien, señorita De Soto, ¿ya soltó todo el dinero ganado aquí esta noche?

—Sí... Pero no debería hacer esto. Él me contrató para fingir mi papel y...

—No importa —se inclinó Bob, tomando un billete de mil dólares—. Tome esto. Ahí están los cien que le presté... y sus beneficios. Ganó el novecientos por ciento. No sea demasiado ambiciosa nunca. Vamos ya.

—¿Se van... los dos? —preguntó Oswaldo Rizo.

—Eso es. ¿Tiene algún inconveniente?

—Yo, no —Rizo se encogió de hombros—. Pero hay mucha gente en Puerto Caribe que puede interesarse en su salud. No llegaría muy lejos si así fuera.

—No voy a huir a ninguna parte —rió Bob—. He venido a quedarme en Puerto Caribe. Incluso es posible que visite al general Carrados. ¿Quiere algo para él?

—¡Váyase al diablo! —gruñó Rizo. Su mirada maligna se clavó en Coral—, En cuanto a ti, pequeña..., cuidado con lo que hablas por ahí. Puede costarte muy caro. El más caro precio que tú podrías imaginar, Coral...

—Es usted de una elocuencia admirable —sonrió Bob—, Ah, Rizo, si desea verme de nuevo, me encontrará en el Antillano Palace. Habitación 207.

—Es usted muy audaz... o muy tonto.

—Ninguna de las dos cosas —Bob se inclinó, cerca ya de la puerta, llevando consigo a Coral por un brazo—. Sólo sociable. Y buen amigo de cuantos quieren ser amigos míos... y no vacilan en pagar bien esa amistad. Buenas noches, señor Rizo...

Abandonaron el casino. Furioso, Rizo se precipitó al teléfono. Esta vez pidió línea con el exterior. Solicitó el número del Gobierno Civil de Puerto Caribe.

Alguien se puso al teléfono. Poco después informaba. Y una voz replicó:

—¡Imbécil! Ese Roberto Simon no es un federal. Es traficante de armas. Su cargamento de maquinaria agrícola es un disfraz. Trae cientos de rifles automáticos, de munición y de pistolas de último modelo... Y los federales lo han descubierto ya. Pero están a buen recaudo... por el momento. Hay que saber a "quién" vende las armas.

Oswaldo Rizo lanzó una imprecación. Aquella noche iba de sorpresa en sorpresa. Y todas desagradables.

CAPÍTULO 6

—AHORA, Coral, vuelva al hotel. Es muy tarde para andar por la ciudad. Sobre todo después de enfrentarse contra Oswaldo Rizo.

—Estaba harta del juego y lo hice a mi modo —se enfurruñó Coral, dentro del taxi que les trasladaba, a través de la animación nocturna de los barrios céntricos de la ciudad, bajo palmeras, parpadeos de neón multicolor y ramalazos de música tropical, escapando por doquier.

—¿Qué juego era ése exactamente, Coral?

Ella le miró, mordiéndose el labio inferior pensativamente. Llevaba el pelo revuelto, desabotonado el escote, lo que hacía sumamente peligrosa y profunda la panorámica de su busto vibrante. Encogía infantilmente las piernas sobre el asiento, sin importarle que la ligera falda se encaramase sobre sus corvas.

—No debería decírselo, Simon. Quizá por menos mataron a Amapola Méndez. Pero es mi amigo. Mi único amigo en Puerto Caribe. Me ayudó de buena fe, tal y como esperaban esos tipos.

—¿Ellos la contrataron para que me engañase?

—Bueno, el engaño era relativo. Es cierto que no tengo un centavo y me iban a expulsar de la isla. Entonces llegó usted. Soy portorriqueña y pensaron que yo podía entablar contacto con el turista que les interesaba. Y me enviaron al hotel con el cuento del arresto y la expulsión. Usted me ayudó como esperaban ellos. Luego, la segunda parte era el casino. Allí ganaría mucho, para perderlo luego. De nuevo el turista extranjero sería mi paño de lágrimas. Iría con usted al hotel quizá incluso podría acostarme en su misma alcoba... y averiguar quién es. Si era un federal, puede que tuviera que ayudarles a liquidarlo.

—¿Es su sistema?

—Sí; es su sistema —suspiró ella.

Bob la miró pensativo.

—¿No tiene miedo? —indagó por fin.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De todo. Creo que sabe usted demasiado. Y es una extranjera sin dinero ni amigos en Victoria. Si muere asesinada o en un supuesto "accidente", ¿qué sucederá?

—Nada —se encogió de hombros—. Ni siquiera reclamarán mi cadáver.

—¿No tiene familia? ¿Ni en Puerto Rico?

—Ni en Puerto Rico —suspiró ella—. Estoy sola desde hace años. Por eso he hecho muchas cosas que no debiera. Una chica sola tiene que luchar duramente para sobrevivir. Especialmente si no transige ante cierta clase de proposiciones.

—¿Usted es de las que no transigen? —sonrió Bob.

—Eso es —Coral le miró, muy de cerca—. El día que eso ocurra será porque el chico me guste. Usted, por ejemplo.

—¿Yo? —Bob se echó atrás, sobresaltado.

—Tú me gustas. Pídeme que sea tuya... y te obedeceré.

—Bueno, no voy a pedirte eso —se asustó Simon—, Eres muy impulsiva.

—Sí, lo soy —rió ella, y le estampó un beso en la boca—. Es bonito ser así.

—Escucha, Coral. Sé formal y atiende. No quiero que me agradezcas lo que he hecho por ti. Sencillamente no me gusta que abusen de una mujer. Eso es todo.

—¿Todo?

—Sí.

—¿No te gusto?

—No, Coral —negó Bob—. No me gustas. Eres muy simpática y muy bonita, pero eso es todo. No me gustas. Olvídate de ese aspecto de la cuestión.

—¡Grosero! —gritó ella bruscamente, y le sacudió un bofetón formidable.

El taxista frenó, dilatando los ojos, cuando Coral abrió la portezuela y, sin que Bob pudiera evitarlo, aturdido aún por la bofetada, se lanzó a la calle, perdiéndose a la carrera entre la gente.

—¡Coral, vuelve! —llamó inútilmente Bob, saltando tras ella a la

acera. La buscó con la vista. En vano. La luz centelleante de locales nocturnos, el parpadeo de radiantes luminosos y el amasijo de noctámbulos, típicamente latinos, impedía todo propósito de ir en su seguimiento.

—Oh, bueno... —se volvió al taxista—. Ella se fue. Vamos ya.

El taxista asintió, sin comentarios. El taxi rodaba poco después otra vez hacia Alameda Oeste, número 232. A casa de Alma Ríos, la exuberante bailarina del Tropicana.

* * *

Una sola llamada bastó. La puerta se abrió. Una vaharada de denso perfume a violetas le envolvió. Flotó ante él el "deshabillé" de encajes rojos que envolvía las mórbidas curvas de la pelirroja. Inesperadamente, dos brazos largos, sensitivos, rodearon su cuello. Una boca carnosa, húmeda y ardiente selló la suya...

Estaba sin aliento cuando se retiró la mujer. Cerróse suavemente la puerta a su espalda. El apartamento, de luces tamizadas, indirectas, de muebles modernos claros, de persianas plásticas en colores tenues, y tapizados, y cortinajes de vivísimo colorido, resaltando con pinceladas casi delirantes.

—Te esperaba —dijo Alma Ríos—. Sabía que vendrías...

—Buen recibimiento —silbó Bob Simon—. ¿A todos los recibes igual?

—No. A pocos. Muy pocos —sonrió turbadora. Caminó ante las luces. Era como no llevar "deshabillé" ni nada. Como si Eva se hubiese cubierto de hilos de seda a pleno sol—. Entra. No temas nada. Estamos solos. Solos tú y yo...

—¿Y la demanda de socorro en español y en inglés? ¿Qué pasaba?

—Me gusta el melodrama. Dramatizo bien —rió ella, jovial. Tenía bonita risa. Y muchas cosas más eran bonitas en ella. Peligrosamente bonitas, pensó Bob Simon—, El peligro, el miedo de una mujer atrae a los hombres. Me gustaste allí, en el Tropicana. Por eso te atraje... y viniste. Es como la llama y la polilla, como la mosca y la araña. Bésame, extranjero...

Bob Simon se inclinó. La besó. Luego, la bofetada la lanzó atrás, dando traspiés. Toda la poesía del momento se fue al diablo. Ella trastrabilló y el dolor la hizo jurar soezmente. Luego le insultó en

clarísimo español.

—¡Cerdo! ¡Maldito bruto...!

Bob se inclinó, aferrándola por la roja mata de pelo. Ella le tiró un zarpazo a la cara, con sus largas uñas plateadas. Simon lo evitó dándole un rodillazo en el pecho con pocas contemplaciones. Ella reculó, evitando el contacto con él, pero sin poder soltarse.

—¡Cochino, salvaje! —siguió insultándole groseramente—, ¡Te despedazaré! ¡No saldrás vivo de Puerto Caribe!

—Ya vas escupiendo tu veneno, preciosa víbora —silabeó Bob—, ¿Quién te mandó a divertirme conmigo, pequeña? ¿Fue tu amiguito Oswaldo Rizo? ¿O hay otra persona?

—Hay otra persona, amigo —respondió una voz desde el fondo de penumbras y juegos de luz y color—, Y será mejor que suelte a Alma... o le volaré la cabeza de un balazo.

—Ese lenguaje me gusta —rió agriamente Bob—, Es el mío...

Soltó a Alma, tirándola como un pelele en la alfombra, de rabioso color amarillo y negro, imitando la piel de un leopardo. Ella fue dando tumbos, y el "deshabillé" rojo flotó a ambos lados, dejando que su escultural desnudo apareciera bajo el juego de luces y sombras.

Le lanzó otros epítetos soeces, pero Bob Simon no la escuchaba. Sólo tenía ojos y oídos para el tercer personaje del grotesco triángulo. El hombre de la pistola automática, que emergía al fondo del gabinete, mirándole con expresión helada e imperturbable. Ni una leve vacilación en la bronceada mano que sujetaba la pistola.

—Me gustaría saber quién es usted exactamente —dijo con calma Bob.

—Y a mí quién es usted —replicó el otro.

—Soy Roberto Simon, comerciante de Puerto Rico.

—Comerciante, ¿en qué?

—En frutos tropicales y maquinaria agrícola.

—Miente.

—Entonces dígame usted.

—Comercia... en armas.

Los ojos de Bob se entornaron astutamente.

—Eso lo dice usted.

—Sí. Eso lo digo yo, señor Simon. Me preguntó quién soy. Se lo diré ahora. Mi nombre es... Rojas Velasco. Coronel Rojas Velasco.

—Usted... —Bob frunció el ceño—. Es usted el...

—Sí. El presidente depuesto. Y usted, señor Simon, ha traído armas para Carrados... o para "El Virrey". De cualquier modo es un enemigo de mi país. Un traficante de muerte para mi verdadero pueblo, el que sufre con los tiranos como Carrados o como "El Virrey". De modo que debe morir. Y va a morir ahora.

—¿Aquí?

—Aquí, sí. No tengo nada contra usted. Pero debo matarle. Para eso le atrajo Alma a casa. Actuó según mis órdenes.

—Creí que Alma Ríos era la amiga del oficial de Oswaldo Rizo; no suya, coronel.

—Alma Ríos sirve a su patria al soportar a Oswaldo Rizo, señor Simon. Ella... es mi hija. Ahora, buen viaje a la eternidad, señor Simon. Sus armas no servirán más para matar a Victorianos inocentes por voluntad de un dictador, sea ése quién sea...

El arma apuntó a la cabeza de Bob. Este supo que lo que seguiría ya no tendría significado alguno para él.

Porque sería la muerte. Su muerte.

CAPÍTULO 7

NUNCA creyó que su vida pudiera depender de un timbrazo telefónico.

Y, sin embargo, así fue. Bob Simon vio inmovilizarse el dedo del militar en el gatillo del arma. Su mirada reflejó indecisión.

Luego, al repetirse el timbrazo, Alma Ríos jadeó:

—Espera. Espera, por favor. No dispares aún.

Bob no hubiera esperado que ella intercediera por él. La vio dirigirse al receptor telefónico, descolgarlo y preguntar sordamente:

—Alma. ¿Quién es?

Escuchó. Debieron darle alguna palabra en clave, porque no preguntó más. Se volvió a su padre, tendiéndole el aparato telefónico.

—Para ti —dijo escuetamente—, ¿Vas a responder?

El coronel Rojas Velasco dudó. Una terrible duda para Bob, que no tenía la menor posibilidad a su favor. Por fin, asintió con un suspiro.

—Sí —dijo muy despacio, moviéndose hacia el teléfono, sin dejar de apuntar a Simon con la pistola—. Voy a responder...

Tomó con su mano zurda el receptor. No desvió el cañón del rostro tenso de Bob. Demandó al teléfono:

—Dígame... Sí, soy yo... R. V., exactamente... Entiendo, sí. Informe.

Le informaron. El coronel enarcó las cejas, perplejo. Respondió:

—Entendí, sí. ¿Está plenamente seguro?

Otra respuesta. La preocupación aumentó en el gesto del coronel.

—Muy bien. Es todo, gracias. Averigüen lo que puede haber en torno al "Virrey".

Colgó. Miró extrañamente a Bob. Luego le interpeló con brusquedad:

—De modo que no ha venido a vender sus armas al presidente Carrados...

—No, por supuesto —negó Bob.

—Al "Virrey" ¿entonces?

—Suponga que tampoco, coronel.

—No es posible. La operación esperaba realizarla con alguien: el Gobierno o el "Virrey". No hay otra fuerza beligerante en Victoria.

—La hay, coronel: usted.

—Yo no le he pedido armas. Ni a usted ni a nadie.

—Pero las necesita.

—Todos las necesitamos aquí. Y nadie tiene dinero suficiente para pagarlas a los que pueden servirlos. Sólo cometiendo robos, como los acaecidos en los Estados Unidos, pueden hacerse con remesas de armas ilegales, robadas a otros. ¿Usted es uno de los elementos de esa organización?

—No he robado nada. Vendo armas; usted descubrió ya eso. Pero no hago sino comerciar.

—¿Con quién, señor Simon?

—Muy sencillo: con el que más pague o con el que más me agrade.

—No le creo. Está mintiendo. Busca salvar el pellejo, eso es todo.

—¿Cómo supo que yo no tengo tratos comerciales con el Gobierno Carrados?

—Informes privados —sonrió el coronel—. Tengo amigos en todas partes.

—Entiendo. ¿También tiene amigos junto al "Virrey"?

—Es posible. Uno nunca sabe hasta qué punto tiene gente leal y dónde se oculta. Fui un buen presidente mientras goberné. Las pasiones torcidas y los intereses de muchos grandes magnates de Wall Street movieron mi país y lo lanzaron a la vorágine de una revolución sangrienta, estúpida y perjudicial. Carrados es un inepto. Y si sube "El Virrey"... será esto un baño de sangre.

—¿Qué clase de hombre es "El Virrey"?

—Nadie lo sabe. Un tirano feudalista, de ideas rígidas y brutales. Pero le apoyan muchos desesperados y otros que desearían ver a la

isla convertida en una cárcel medieval. ¿Por qué me pregunta eso? No voy a creer que ignore tales extremos. Como tampoco creo que haya venido a comerciar alegre y románticamente con armas automáticas tal vez robadas.

—¿Cómo supo lo de las armas automáticas, coronel? —demandó Bob Simon.

—Al parecer, hay mucha gente en Victoria que se preocupa de usted, Simon. Investigaron en sus embalajes de maquinaria agrícola y hallaron las armas. Eso parece haber sorprendido mucho a los hombres de Carrados, que le creían un agente federal de Washington. También ha sorprendido a dos federales, que han sido capturados e incomunicados tras hacer el descubrimiento de su auténtica actividad, amigo mío. De modo que dé por perdidas esas armas.

—Oh, eso carece de importancia —rió Bob—, Son unas pocas muestras... de lo que puedo servir a quien se haga cliente mío.

—No va a engañarme con sus trucos, Simon. Tiene ya su cliente: "El Virrey". No puedo dejarle con vida para que sirva esas armas a los verdugos de mi país. Lo siento, Simon. Yo no puedo correr riesgos.

—Se equivoca, coronel. Puedo ser su aliado. Va usted a matar posiblemente a su único amigo en este juego...

—Posiblemente —aceptó escéptico. Rojas Velasco—. Pero ya se lo dije: yo nunca corro riesgos. Ni siquiera con los posibles amigos...

Adelantó nuevamente la automática. Otra vez tembló su índice en el gatillo. La muerte pareció materializarse, descarnada y patética, ante los ojos inmóviles, endurecidos, de Bob Simon...

Y nuevamente llegó un ruido salvador. Antes fue el timbre del teléfono. Ahora, un timbre mucho más concreto y alarmante: el de la puerta del apartamento de Alma Ríos.

—Llaman —silabeó ella, con voz tensa.

El coronel pestañeó. Parecía muy contrariado. Le miró con fijeza casi malévola.

—Sí, lo he oído —habló con lentitud. La llamada se repitió en la puerta del piso. Padre e hija se miraron, ligeramente pálidos bajo su epidermis habitualmente bronceada—. Esos son la gente de "El Virrey", estoy seguro...

—Si disparas, ellos derribarán la puerta —jadeó Alma—. Vete, por favor.

—Es muy arriesgado. Alma —habló el coronel, sobre el fondo zumbón de la tercera llamada—. Muy arriesgado dejar a este hombre con vida. Nos delatará...

—Ahora el riesgo lo corro yo —dijo Alma Ríos, moviéndose ligera—. Vete, papá. Y déjame actuar a mi modo...

No supo lo que ocurría. Lo cierto es que el cielo pareció desplomarse sobre Bob Simon. Acaso fue sólo el techo del piso o quizá únicamente una estatuilla de loza, que Alma Ríos estrelló violentamente sobre su occipital.

Lo cierto es que tras el impacto demoledor, el crujido de algo que se quebraba y saltaba en pedazos en torno suyo, Bob sintió que todo se nublaba ante él: la figura del coronel, con su pistola, osciló y se alejó, antes de girar en redondo, hasta quedar todo boca abajo, como en un truco fotográfico.

Y, por fin, el suelo vino a su encuentro y Bob al suyo. El choque pareció blanco, esponjoso. Luego, todo fueron negruras, calma y paz. Se había hundido en la inconsciencia.

El impacto frío le arrancó de su oscuro sueño. Fue como un alud que le ahogara. Boqueó, violento, y escupió agua. Todavía otro torrente helado pegó en su rostro y empapó sus ropas.

Por fin, abrió los ojos. Contempló el techo de la habitación. Y tres figuras. Una, le era conocida: la de Oswaldo Rizo. La otra, no la había visto antes, salvo en un par de diarios editados en Puerto Caribe: un hombre fornido, moreno, barbudo, con gafas color caramelo, de montura gruesa. Y un tercer personaje al que también conocía. Uniformado, rígido, con mirada glacial, fija en él. El capitán Morán, de la Policía local.

—Nuestro amigo vuelve del desmayo —rió sordamente Rizo—. Como las damiselas de fin de siglo.

—¡Vamos, arriba de una vez! —le apremió el policía, dándole un puntapié en las costillas.

Bob se encogió, con un ramalazo de dolor, y por fin se incorporó lentamente, no sin antes recibir otro patadón del capitán de policía Victoriano. Le miró con fría ira, dominándose como pudo. Se aferró a un mueble, para dominar los giros alocados de su dolorida cabeza. Llevó la mano a la nuca. Tenía sangre seca entre el cabello. El suelo,

aparecía alfombrado de fragmentos de una estatuilla de loza, que representó a una pantera negra, erguida sobre sus patas traseras, y apoyadas en un tronco de árbol.

—Bueno, ahora está en condiciones de charlar amigablemente —dijo, con extraña hueca voz, el hombre de la barba negra. Le estudiaba escudriñador, hostil y duro—, ¿Verdad que será buen chico, Simon, y no hará tonterías perjudiciales para usted?

Bob le estudió, entornando los ojos. Luego, habló sin prisas:

—Héctor Valdés, gobernador de Puerto Caribe. Hombre de confianza de Carrados.

—Sí, veo que me conoce —rió entre dientes el barbudo— Soy Héctor Valdés. Y usted, un comerciante de Puerto Rico. Sólo que no comercia en frutos ni en material agrícola, sino en armas.

—Eso parece saberlo ya todo el mundo —comentó Bob, sarcástico.

—Aquí somos muy listos, Simon. Especialmente, cuando nos interesa. ¿Ha venido a vender su mercancía?

—¿Usted qué cree?

—Los rifles y ametralladoras que traía en esta remesa, están prácticamente en nuestro poder, Simon —le avisó el capitán Morán—. De modo que si no tiene más material, nos será usted perfectamente inútil.

—Traje una muestra de lo que puedo vender. ¿Creen que vendo al por menor?

—Magnífico. Eso es lo que dice usted —aceptó el barbudo gobernador—. Si es cierto, podemos llegar a un acuerdo favorable para todos. Mi precio es bueno: cincuenta dólares por cada pieza en buenas condiciones.

—Eso es una miseria. Cualquiera pagaría más.

—Y... la vida, Simon —le recordó glacialmente Héctor Valdés—, Eso entra en el precio de la mercancía, no lo olvide.

—Bueno, ya va siendo algo más razonable —comentó Bob con ironía.

—Ahora, escuche esto —habló Morán—, Nada de traiciones ni trucos. Sólo hay tratos con un comprador. Juegue a dos barajas, y vivirá lo justo para intentarlo.

—Está bien —aceptó Bob—, Ustedes ponen las condiciones. Sólo venderé a Carrados.

—No, a Carrados no —cortó melifluamente el barbudo—. Usted me habrá visto en los diarios como hombre leal al Gobierno, pero no haga nunca demasiado caso de los diarios. Yo sirvo... al "El Virrey".

—"El Virrey"... —reflexionó Bob—. Entiendo. Confundí al comprador.

—Lo confundió ya dos veces —intervino Oswaldo Rizo con frialdad—, ¿A qué vino a este apartamento? ¿A ponerse de acuerdo con el loco peligroso de Rojas Velasco?

—No le entiendo. Rizo. ¿De qué me habla?

—Claro que me entiende —replicó el dueño del Casino—, Es inútil que finja más, Simon. He sabido ya quién es Alma Ríos. Se llama, en realidad, Alma Rojas. Nos engañó algún tiempo, no demasiado. Y el engaño, en Victoria, se paga caro...

Habíase acercado al fondo de la habitación, a la puerta de un armario empotrado en el muro. Lo abrió. Brusca y brutalmente, mientras decía:

—Cuando nos abrió antes, diciendo con su mejor sonrisa que había capturado como a un tonto a nuestro hombre, y nos lo mostró ahí tendido..., ella estaba ya perdida y no lo sabía.

Sí, la pobre Alma Ríos, o Alma Rojas, hija del coronel derrocado, estaba perdida. Totalmente perdida ya. Acababa de caer del "placard", hecha un siniestro paquete sangriento, un cuerpo encogido y rígido, cuya cabeza era un baño escarlata, destrozada salvajemente a golpes... Seguía teniendo el pelo rojo, pero por otros motivos.

La habían asesinado mientras él dormía su inconsciencia.

* * *

Cuando el armario se cerró de nuevo, con la infortunada víctima dentro, Bob Simon se sintió mejor. La vista del cadáver de la que fuera hermosa mujer, le había provocado una convulsión. No importaba que estuviese habituado a encararse con la muerte en sus más feas formas. Había cosas que producían náuseas, y ésta era una de ellas.

Los tres hombres vigilaban sus reacciones. Evidentemente, se mostraron satisfechos de ella. Sabían que un agente americano, por ejemplo, se hubiera mostrado impasible ante el espectáculo. No

podían pensar que incluso un federal puede acordarse, a veces, de que es un ser humano.

—Así ha terminado la hija del coronel Rojas Velasco —comentó, fría, indiferente su voz, el barbudo y moreno gobernador de Puerto Caribe, con las manos sepultadas en los bolsillos de su chaqueta clara, impecable—. De usted mismo depende cómo debe terminar el caballero Roberto Simon...

—¿Por qué hicieron eso? —musitó Bob, roncamente—, ¿Por qué...?

—Nos traicionó —dijo con indiferencia Rizo, encendiendo un largo cigarrillo de boquilla color naranja—. Fingía servir al "Virrey", amarme a mí y todo eso. Era una maldita espía, al servicio de su padre. Sin duda, el propio coronel frecuentaba este apartamento. Un piso que yo le monté a la muy perra..., ¡servía de escondite a nuestro enemigo!

Escupió al suelo, como si con ello pudiera alcanzar aún a la hermosa pelirroja muerta. Bob Simon le hubiera partido la nariz gustosamente, pero no dijo nada. Ahora recordaba con pesar el momento en que pegó a Alma. Pero estaba metido en un duro juego, en el que nunca se sabía quién era amigo y quién no. Esperaba que donde ahora estuviese la hija de Rojas Velasco, sabría perdonarle. Se preguntó, casi seguidamente, a dónde habría ido el coronel, y cuál sería su reacción al saber que Alma fue asesinada.

—Concretando, Simon —habló Héctor Valdés con firmeza—. Nos venderá sus armas a cincuenta dólares la pieza. Usted saldrá con vida de Victoria, una vez hecha la operación.

—De acuerdo. Haré traer el resto de embalajes a través de Raúl Ribera, el exportador e importador de Puerto Caribe.

—Raúl Ribera... —vaciló Valdés, con gesto agrio—. No me gusta mucho. Es un puerco amigo de los yanquis. Incluso tiene agencias y delegados en los Estados Unidos. Y se trata con el F.B.I. y la C.I.A. Algún día le tiraremos a la bahía con el cuello segado... Pero, está bien. Ribera tiene influencia y eficacia. Lo traerá pronto y bien. Los federales que descubrieron su contrabando de armas no hablarán.

—¿Han muerto también?

—No, no queremos que Washington se irrite demasiado —rió Héctor Valdés—, Están bien guardaditos. Oficialmente "desaparecidos"...

—Piensan en todo, ¿no es cierto? —suspiró Bob.

—En todo, sí. Es como el jugador de ajedrez. No puede uno olvidarse de prever lo que hará el contrario. Especialmente, cuando se juegan varios tableros, amigo mío.

Bob Simon se limitó a asentir, acercándose a un mueble, en el que se apoyó, buscando en sus bolsillos. El arma con que le apuntó rápidamente el capitán Morán, le avisó de que no intentara trucos. Bob sonrió, extrayendo un bloc de papel y pluma.

—Quieren las armas, ¿no es cierto? —demandó—. Pues debo solicitarlas. Las enviarán desde San Juan en cuestión de días..., si yo pongo el cable correspondiente.

Escribió con rapidez. Sobre él, seguía sus trazos la mirada de Valdés, que se había aproximado para vigilar el texto.

Bob redactó: "Remitan maquinaria pesada urgentemente. Operación ultimada. Simon". Añadió la dirección del destinatario en Puerto Rico, y se volvió hacia Valdés, murmurando:

—Tome. Basta enviar esto, y en pocas horas habrá respuesta. Así pueden comprobar que yo siempre juego limpio... ¡cuando los demás también lo hacen!

La última frase cogió por sorpresa a Valdés, a Morán, e incluso a Oswaldo Rizo, que, sin embargo, fue el primero en prever el peligro, avisando tímidamente:

—¡Cuidado...!

Era tarde. Bob Simon poseía una agilidad simiesca, especialmente cuando sabía que llegaba ese sutil instante psicológico en que los nervios tensos del contrario se relajan. Era un instante, apenas una décima de segundo, mientras Valdés tomaba el papel escrito; Morán, sonreía satisfecho de su triunfo, y Rizo, fumaba indiferente.

Un instante fugaz que le bastó a Bob para, aferrando con celeridad a Valdés, cuya humanidad resultó, bajo la presión de sus dedos, fofa e hinchada, como almohadillas que llenaran su cuerpo, inmovilizarlo con una habilísima llave de judo, que le retuvo ante sí, a guisa de ancho escudo viviente, paralizado por la acción de Bob, y también por la inquietud de verse, de súbito, frente a la negra, ominosa boca del arma de su propio asalariado, el capitán Morán.

—¡Eh, no dispare, capitán! —jadeó Valdés, con viveza. Y habló,

tenso—. ¿Qué pretende, Simon? ¿Qué juego trae ahora entre manos?

—El mío propio, señor gobernador —silabeó Bob agriamente—. No me gustan imposiciones a golpe de pistola. Si tengo algo que vender, vendo a mi modo. Y elijo yo al comprador. Carrados me parece un títere. Ustedes..., una pandilla de bandidos que aspiran al poder. Y quizá lo logren. Pero no con mi ayuda.

—Es inútil que lo intente —exasperado, Morán buscaba en vano un punto vital, tras el cuerpo de su jefe, retenido por Bob férreamente—. Esto significa morir sin remedio, Simon.

—Tal vez valga la pena, capitán. Tire el arma —ante la resistencia del policía, insistió—, ¡Tire el arma o liquido al gobernador! —y sus dedos se cerraron violenta, y dolorosamente, sobre la garganta de Héctor Valdés, que tosió con aspereza.

—Haga... lo que dice... —silabeó el gobernador de la ciudad, cuando pudo tomar aire y modular palabras.

Morán tiró el arma. Bob miró ahora a Rizo, que estudiaba la situación con fría agudeza.

—Usted, Rizo, saque su pistola. Con la punta de los dedos. Y tírela a mis pies. Luego, usted y Morán se volverán de espaldas.

—No llevo armas —replicó Oswaldo Rizo, despectivo.

—¡Imbécil, obedezca! —rugió Valdés—. Este tipo es de los que no vacilan en matar, llegado el caso. Todo antes que morir, ¿eh, Simon?

—Eso es —rió Bob. Y al caer el arma de Rizo a sus pies, esperó a que se volviera de espaldas, al igual que Morán—, Buenos chicos. Termino enseguida.

Todo fue rápido. Pegó un zamarrazo formidable con el filo de su mano abierta, a la usanza nipona, sobre la nuca de Valdés, que rodó de bruces, en seco. Morán se volvió con celeridad, pero ya Bob estaba sobre él y, de un culatazo en la nuca, le derribó sobre el linóleo.

Oswaldo Rizo fue el más peligroso de los tres. Giró con una rapidez increíble, y su mano disparó algo sobre Bob Simon. Una pequeña navajita, colgada, sin duda, de un llavero, y que voló hacia Simon, ya que era afilada, agudísima hoja de acero, un diminuto estilete centelleante y mortífero, si le hería el cuello, a donde fue dirigido certeramente.

Sólo la enorme celeridad de reflejos de Simon pudo salvarle la vida. Al girar Rizo, se tiró de rodillas, temiendo algo anómalo. La hoja de acero silbó sobre él, yendo a hincarse en el tapizado de una butaca, con sibilante choque. Bob respondió en el acto. Con la satisfacción interior de que, con ello, vengaba, en parte, la muerte cobarde de Alma Rojas.

Un solo disparo de la automática del propio Rizo, perforó la chaqueta impecable, la camisa de seda. Y también su pellejo y sus tejidos, hasta el corazón. Rizo boqueó, vidriándose su mirada. Cayó un segundo más tarde, todavía con la mirada fija en Bob Simon, su matador.

—Una cuenta saldada —silabeó Bob, fríamente, incorporándose. Miró a Valdés y a Morán, inertes en el suelo de la estancia. Le hubiera gustado seguir disparando sobre aquellas ratas, pero no era capaz de asesinar a sangre fría. Además, había muchas cosas por hacer. Entre ellas, escapar de allí.

El apartamento de Alma tenía salida posterior y escalera de incendios. Salió por ella. Providencialmente, vio abajo un taxi con el rótulo encendido. Estaba aparcado en la esquina misma.

Una tentación demasiado fuerte. Bob subió a él. Y en el acto se dijo que la tentación había sido también demasiado fácil.

—Ni un movimiento, amigo —dijo la voz serena, helada, del hombre que ocupaba el interior del taxi. Y la boca de una pistola se hincó en su cara, hurgándole la mejilla. El hombre dijo al taxista—. Adelante, Mario. Ya sabes...

El taxista asintió. Sí, él ya sabía. Bob contempló a su captor. Una vez más, descubrió que el hombre tras la pistola, era el coronel Rojas Velasco.

—Dispare de una vez —suspiró Bob, hastiado—. Pero eso no devolverá la vida a su hija asesinada...

CAPÍTULO 8

UN hombre como Rojas Velasco impresionaba mucho cuando lloraba. Y ahora estaba llorando.

Lloraba por Alma Rojas. No le importaba la muerte de Rizo. No le importaba nada. Bob lo comprendía. También él tenía una rara sensación de angustia, de abatimiento, en el fondo de su ser. Y Alma no era nada de él.

Hubiera podido arrebatarse la pistola de manos del coronel con la mayor facilidad del mundo. Pero no lo hizo. En vez de eso, se cruzó de brazos y dejó que el automóvil circulara veloz por barrios desconocidos de la capital victoriana, entre blancos edificios de raigambre española, y suelos empedrados toscamente.

Rojas Velasco dejó de derramar lágrimas bruscamente. Su rostro rugoso y noble se encaró con Bob. Ni siquiera se molestó en alzar su pistola.

—¿Usted vende realmente sus armas, Simon?

Preguntó con cierta aspereza:

—¿Qué cree usted, coronel?

—Que no.

—Acierta —suspiró Bob—, Me quito la careta ante usted.

—¿Y qué hay detrás?

—"Federal Bureau of Investigaron", Washington. Usted es el primero en saberlo.

—F.B.I..., —Rojas Velasco tomó aliento. Meneó la cabeza—. Debí imaginarlo. Ha venido a salvar a su compañero, Ben Russell.

—Sí, coronel. Otros cuidan de hallar a los ladrones y traficantes de armas americanas. Yo sólo tengo una misión: salvar a Russell.

—¿Espera lograrlo?

—Sinceramente, no. Es una misión desesperada, casi imposible.

—Dice que mató a Rizo allá arriba.

—Sí, eso hice. Pude matar también a Morán y a Héctor Valdés.

—Esos perros... ¿Por qué no lo hizo?

—Porque yo no soy como ellos. No asesino a la gente.

—Entiendo —el militar afirmó. Sus ojos brillaban, excitados—, Es curioso. Le esperaba, creyendo que se haría amigo de los sicarios del "Virrey", si no lo era ya previamente. Oí el disparo e imaginé que las cosas no eran como yo me figuraba. Ahora veo que es así. Pudo desarmarme, Simon. Y no lo hizo.

—¿Para qué? Puede decirse que luchamos juntos.

—¿Juntos?

—Sí. A mí, la política de Victoria me tiene sin cuidado. Pero creo que entre Carrados, el "Virrey" y usted, la elección no es dudosa. Para el pueblo tampoco debe serlo... si le dejan elegir.

—Pero no le dejan. Esto es una tiranía, una dictadura brutal.

—Y putrefacta —gruñó Simon—, Dentro de ella, bullen los gusanos. Gente como Morán y Valdés, con cargos públicos, medran en el Régimen para crear una contra-revolución inmediata que eleve al "Virrey" al cargo máximo de la nación. Huele a podrido, coronel.

—¿Cómo espera purificar esto? No hay quien lo haga...

—Si Russell saliera del país y expusiese en los Estados Unidos su aventura en Victoria... Si yo la corroborase, y los robos de armamento americano y su envío ilegal aquí quedase en claro..., la opinión pública se pondría de su parte, coronel. Y es posible que las Naciones Unidas intervinieran en el caso.

—Utopías, Simon. Nadie me ayudará a recuperar el mando. Nadie quiere que Victoria se libere.

—Pero ello sucederá, estoy seguro. Caiga quien caiga. Sólo los pueblos libres sobreviven.

—Libres... Parece una palabra fantástica, Simon. Y tan lejana... Usted mismo, ya no es libre en Puerto Caribe. Le cercarán por todos los medios. Esta misma noche, fingirán una manifestación contra la Legación americana, contra los servicios postales, telegráficos y telefónicos... Pondrán patrullas en muelles, aeropuerto, carreteras, oficinas de Comunicaciones, Legación yanqui. Impedirán que se acerque a cualquier lugar que le permita comunicarse con el exterior. Le impedirán salir de la isla. Harán como hicieron con

Russell. Acosarlo hasta que cayó en la red.

Bob Simon asintió. El cuadro que le pintaba el coronel, era feo. Pero no peor del que él mismo se trazara. Carrados, por un lado... Y los hombres del "Virrey", por otro, presionando al gobernante actual, haciéndole creer que él conspiraba contra el Gobierno, no contra el "Virrey". El mismo juego que con Russell otra vez.

Aunque no imaginasen que era del F.B.I., le cercarían. Porque ya sabían que Simon era peligroso. Muy peligroso para todos ellos.

—¿Y ahora, Simon? ¿Adónde va a ir?

—Todavía tengo alguien que me ocultará, dentro de Puerto Caribe. La única persona a quien puedo acudir: Raúl Ribera.

—¿El exportador-importador? —se sorprendió el coronel Rojas Velasco.

—Sí. Es un buen amigo de los americanos. Y está en contacto con el F.B.I. Si él no tiene un medio de sacarme del lío, es que nadie lo tiene, coronel.

—¿Quiere ir ahora a verle?

—Sería lo mejor. Mañana, puede ser demasiado tarde...

El coronel asintió. Se inclinó hacia el taxista y le ordenó:

—Rectifica, Mario. Vamos a la factoría de Raúl Ribera, en los "docks" Oeste.

El conductor del automóvil afirmó. Y partió a buena velocidad en la nueva dirección. Bob Simon se volvió hacia el coronel. Sabía que ahora el viejo militar confiaba en él.

Eso, en una ciudad, en un país hostil, ya era algo. Tenía pocos amigos: Raúl Ribera, el coronel... y la picara Coral. Eso le hizo recordar algo. Y pidió al Rojas:

—Si algo me sucede, le ruego que trate de proteger a una muchacha: Coral de Soto. Es una buena chica. Y necesitará ayuda tal vez. Sobre todo, cuando la relacionen conmigo...

—Descuide, muchacho. Haré cuanto pueda por ella... y mis amigos también.

Bob se sintió más tranquilo. A pesar de saber que el coronel no era precisamente una persona con poder en la actualidad. Ni siquiera con posibilidades de moverse libremente por Puerto Caribe.

* * *

Raúl Ribera corrió a la puerta posterior. Miró cautelosamente al

exterior, oscuro y silencioso. Cerró la hoja metálica con llave. Luego acudió a los grandes ventanales, las vidrieras asomadas a los patios cargados de embalajes, grúas y vagonetas, sobre el fondo de tinglados portuarios. Echó todas las persianas con celeridad. Una se le enredó, sin terminar de descender, y eso aumentó su nerviosismo. Por fin. Ribera logró bajarla definitivamente. Respiró hondo.

Y corrió, con el sudor empapando su rostro, a atender a Bob Simon. Le estrechó cálidamente la mano. Sonrió, mientras aseguraba también la puerta de entrada a su jaula de vidrio, y preguntó:

—Roberto Simon... He oído hablar ya de usted. Mucha gente me ha preguntado por sus negocios.

—¿Qué gente. Ribera?

—Mucha. Y variada —se encogió de hombros, riendo con simpatía—. Yo sé que hubo federales americanos, agentes de "El Virrey", de Carrados e incluso del coronel Rojas mosconeando en torno mío sobre un cliente de Puerto Rico llamado Simon.

—¿Y usted qué les dijo?

—La verdad. Hace pocas horas, exactamente veinte, recibí una fuerte recomendación de mi agencia en Puerto Rico recomendándome a Roberto Simon como un buen cliente. Hoy ha llegado su primera remesa de material agrícola y su pedido de varias toneladas de frutos tropicales. Es todo lo que sé de usted. Pero siempre he imaginado que había algo más. Usted, al pedirme cautela y decir que le persiguen, me lo confirma ahora. ¿Qué le sucede? ¿En qué trafica exactamente?

Bob meneó la cabeza negativamente.

—En nada, Ribera. Fingí traficar en armas. Pero la realidad es que soy algo más que un contrabandista. Esta vez le han engañado. Soy un G-man.

—¿F.B.I.? —parpadeó el comerciante, sorprendido de verdad—, ¿Usted?

—Eso es. Tenía que saber qué ocurre en Puerto Caribe. Y ahora creo saberlo.

—Cuidado, Simon. Usted cree que eso le servirá de algo, ¿no?

—Por eso he venido a usted. Tengo que salir de la isla. Me he puesto frente al "Virrey". Eso significa ponerse contra todos. Carrados hará lo que "El Virrey" quiera. Todos los puestos clave del

Gobierno actual son leales a "El Virrey" como un nuevo libertador. Pero será mentira...

Se tocaba el cuello, cubierto de arañazos y moraduras. Bob le contempló.

—Claro que será mentira. Pero la gente no lo advertirá hasta muy tarde. ¿A usted también le han golpeado, Ribera?

—También. Fue Morán y su pandilla. Mire esto —inclinó la cabeza. Tenía tres esparadrapos en la nuca y occipital—. Me sacudieron a su gusto.

—¿Por qué?

—Suponen que trabajo con su oficina, Simon... Y no suponen mal. Me interrogaron a su modo. Yo negué. De momento salí bien librado.

—Menos mal. ¿Cree que podrá ayudarme a salir de la isla?

—Lo intentaremos —resopló Ribera, preocupado—. Un carguero sale ahora, dentro de una hora y media. Hemos de cargar varios bultos aún. Uno de ellos puede ser usted. El destino del barco es Haití. Desde allí le será fácil llegar a buen puerto, ¿no?

—Sí —Bob se mordió el labio inferior—. Mi idea era rescatar a Ben Russell; pero eso no es posible ya. Si me pescan me acusarán de conspiración contra el Estado y me encerrarán como a Russell, para ser fusilado posteriormente. Eso no resolvería nada, Ribera.

—Es cierto. Pobre Debra... Me imagino su estado de ánimo actual, sabiendo lo de Ben. Pero nadie, ni siquiera el F.B.I., puede hacer nada. Morán tiene arrestados a dos agentes, a los que conocí esta noche. Les acusa de espionaje y están incomunicados.

—Lo sé. Son Dave Humphrey y Walt Crayne.

—Justamente. ¿Trabajan de acuerdo con usted?

—Sí, aunque no lo parezca. Por eso no me puse en contacto con ustedes en el Tropicana.

—¡Oh, el Tropicana! Ahora sé dónde lo vi antes, Simon. Fue el que se inclinó sobre Alma Ríos al terminar ella su danza...

—Eso es. La pobre Alma Ríos no bailará más. La mataron Rizo, Morán y Valdés.

—Dios mío... —Raúl Ribera se estremeció—. Eso es... espantoso.

—Espantoso, sí. Veamos, Ribera. No hay tiempo que perder. ¿Y ese fardo?

El comerciante de Puerto Caribe sonrió, asintiendo.

—No se preocupe, amigo mío. Tiene asegurado ese pasaje. Y Dios quiera que no descubran nada.

* * *

Cuando la grúa alzó la caja de madera, recubierta de tela de saco precintada, que yacía sobre el "dock" correspondiente, Bob Simon sintió el violento zarandeo de su cuerpo en el vacío. Colgado sobre el muelle y el buque, esperando ser descargado en la cubierta del mismo. El carguero hizo sonar una vez su sirena de aviso. Faltaba media hora para salir. Y él era el último bulto...

Contuvo el aliento mientras duró el extraño viaje, zarandeado en el aire con violencia por la gruesa cadena que lo trasladaba de tierra a la cubierta del barco.

No duró más allá de un minuto. Pero la brevísima travesía se le antojó interminable y angustiosa.

Por fin, golpeó sobre cubierta. Sintió el sordo choque bajo sus pies. Se mantuvo inmóvil, bajo la protección de tablas y saco. El aire que se filtró hasta él olía ahora a salitre y a pintura fresca. Los aromas característicos de un buque.

En el exterior se percibía rumor de voces, pisadas, movimientos de cuerpos no lejos de su fardo. De repente, algo se rasgó con violencia. La tela del saco.

Llevó la mano a su pistola. La luz del exterior le hirió vivamente. Luz de focos y lámparas a bordo del carguero. Algo centelleó, penetrando por la amplia raja hecha al envoltorio de saco.

—Un movimiento y le cosemos a balazos —dijo una voz.

El objeto que había entrado, hasta casi golpear su nariz, era un fusil ametrallador automático de último modelo. Una de las piezas robadas en los Estados Unidos.

Bob Simon soltó su pistola automática de mala gana. La grieta en el saco se hizo mayor. Se arrancaron tablas con brusquedad. Bob se encaró a una media docena de policías de Puerto Caribe, que formaban semicírculo frente a él, arma en ristre.

—Lamento interrumpir su viaje, señor Simon —dijo con ironía el capitán Morán, apareciendo en su campo visual bajo un reflector del buque—. Está formalmente acusado de actividades contra el Gobierno. Será internado hoy mismo en la prisión militar de la

isla...

Bob inclinó la cabeza, con gesto de desaliento. Su comentario fue breve:

—Bien, capitán; ahora gana usted... Pero valía la pena intentarlo, créame...

CAPÍTULO 9

ALLÍ estaba el torreón. El viejo torreón español, restos de una antigua fortaleza del Caribe. Guardado militarmente, con el paso acotado por la valla vigilada por tropas de Carrados. Casi inexpugnable el lugar.

Alrededor, en el amanecer tropical, chillidos de gaviotas, el rumor del mar, cuyo oleaje se estrellaba en los arrecifes. Y olor a mar, muy intenso.

El automóvil negro con el distintivo de Victoria se detuvo más allá de la valla, en el claro ante el castillo convertido en prisión. Los policías saltaron, enfilando sus metralletas sobre Bob, que salió esposado al sargento Luis Spencer, erguido y sereno, pese a su grave situación actual.

—Llega oportunamente —dijo un oficial de guardia, saludando a Spencer y mirando con ironía a Bob—, Otro federal a buen recaudo, ¿eh, sargento?

—Sí, eso parece —rió el policía—. Cuiden bien de él. Es muy listo.

—Aquí la listeza no sirve de nada. Absolutamente de nada. Déjemelo a mí, sargento. El alcaide Salcedo se sentirá muy gustoso de tener otro huésped yanqui... aunque sea por tan breve tiempo.

—¿La chica fue encarcelada ya? —preguntó Spencer, bruscamente.

—¿La chica? —Bob tuvo un feo presentimiento—. ¿Qué chica?

—Su buena amiga Coral de Soto, por supuesto —dijo Luis Spencer, riendo—. Sabe demasiado para andar por ahí, ¿entiende? Pero no tema. Nadie va a fusilarla... de momento.

Riendo todavía, le empujaron por la rampa ascendente que conducía al interior de la prisión. Iba esposado, bajo la vigilancia de

varios fusiles ametralladores. El amanecer crecía por momento. El rumor del mar y los chillidos de las gaviotas formaban un irritante concierto de fondo.

De repente, ese rumor se borró. Las gaviotas levantaron el vuelo en bandadas, cuando retumbó la descarga de fusilería, seca y rotunda. Sus ecos viajaron hacia el mar y se perdieron en él.

Lívido, Bob Simon paró en seco su camino. Se volvió al oficial, que sonreía.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con voz grave.

—Una descarga, yanqui. ¿No conoce los fusiles del Ejército?

—Sé eso. ¿Qué significaba esa descarga?

—Nada. Un fusilamiento. Uno más de los que se llevan a cabo diariamente.

—Un fusilamiento...

—Sí —el oficial soltó una breve risotada—. Hoy le tocaba a su colega Ben Russell... Descanse en paz el yanqui...

* * *

Fue como un mazazo de hielo. Un golpe violento y demoledor.

Ahora, todavía seguía como anonadado, confuso, sin entender nada de nada. Solo en su celda. Una celda todavía caliente por la presencia de alguien. Una celda con ropas revueltas, con fotografías de una pequeña ciudad americana, de unos padres en el jardín, de unos amigos jugando al "básquet" con Ben Russell.

Ahora estaba él solo. A Ben Russell se lo llevaron antes. Al último paseo hasta el patio de ejecuciones. Una tibia, húmeda mañana del trópico. Y una descarga de fusilería. La muerte. Brutal, injusta, casi un asesinato.

Golpeó con sus puños en las ropas del lecho. Ya ni siquiera valía la pena luchar. Todo había sido inútil. Por unas horas, Ben Russell se iba de sus manos.

Le habían fusilado aquel amanecer. Pensó en Debra. Y en los viejos de la fotografía. A Ben le habían dejado tener sus fotografías, sus pertenencias inocentes consigo. Lo mismo que a él.

Bob no pensaba, sin embargo, en él, sino el infortunado Ben, su camarada...

—Oh, Dios mío, no he sido capaz de hacer nada por él.

¡No hice nada por él! Y lo que hice fue demasiado tarde...

Se dejó caer en la litera, anonadado. Ocultó el rostro entre las manos. No quiso pensar en nada. Pero no podía evitarlo. Nadie hubiera podido evitarlo.

* * *

Pasó el tiempo de forma casi increíble.

El sol estaba descendiendo ya hacia el horizonte. Nada más que el ruido del mar y de las gaviotas alteraba la paz casi siniestra del lugar. Un silencioso guardián le había servido la comida, que retiró sin que Bob la probara. Pronto traerían la cena, pero Bob seguía sin apetito.

Reflexionaba profundamente, diciéndose que, a pesar de todo, los que vivían debían continuar su tarea. Si no para salvar al amigo en peligro, al menos para vengarle. Para pedir cuentas algún día...

La visita para él llegó a media tarde. Sonaron pasos recios en el corredor, se abrió la puerta de la celda y dos policías con fusil ametrallador le apuntaron sin contemplaciones, cubriendo la entrada del capitán Morán y del gobernador, Héctor Valdés, barbudo y adiposo como siempre. Con aquel rostro impersonal que uno creía haber visto cien veces, con aquellos lentes color caramelo, que velaban el brillo cruel de sus ojos astutos.

—Bien, señor Simon, ahora ya sabe lo que le aguarda, ¿no es cierto? —fue lo primero que habló Valdés.

—Imagino que lo mismo que a Russell.

—Exacto. Se le acusa de dos asesinatos: Oswaldo Rizo y Alma Ríos.

—Cobardes, ratas embusteras...

Morán le dio un revés con su mano enguantada con tal violencia, que brotó sangre entre los labios de Bob. Este se contuvo, crispado.

—No sacaré nada siendo altivo —avisó fríamente Valdés—. El consejo de guerra le condenará a morir fusilado. Confieso que nos engañó por mucho tiempo con el truco de las armas. Pero eso se terminó. He averiguado la verdad. Usted es del F.B.I. Como Russell. Lástima que no hayan tenido ocasión de reunirse, ¿verdad? Nuestro fiel alcaide Salcedo es tan cumplidor de su deber que a veces se precipita un poco... Bien, Simon, ¿no quiere revelarme lo que sabe su Gobierno para que yo trate de mediar por usted en el juicio a

cambio de esos informes?

—No lo haría, Valdés, y yo lo sé. Pero aunque, lo hiciese, sabe que no hablaría.

—Lo sé —suspiró el gobernador—. Ustedes, los G-man, son así. Pero valía la pena probar. Adiós, Simon. Buen viaje a la Eternidad. Y saludos a Russell.

—Se los daré. Y a Alma Rojas también. Y posiblemente a usted, señor "Virrey".

Los ojos agudos del barbudo brillaron maliciosos.

—¿Sabe que soy yo? —rió orgullosamente.

—No tengo la menor duda, Valdés. Sé eso y muchas cosas más.

—¿Qué sabe? —preguntó ásperamente el gobernador, mirándole con brusquedad.

—Creo que usted me entiende —silabeó Bob.

—Sí, creo que le entiendo. Lástima, Simon. El secreto morirá con usted. Vamos, Morán.

Salieron de la celda. Se cerró la puerta con sordo ruido. Bob se quedó solo. Una mueca malévola crispó su faz. Luego, suavemente, se dejó caer en la litera. Le habían quitado su reloj, su anillo, sus pertenencias todas. Excepto su paquete de cigarrillos, las fotografías y una carterita de fósforos, con el nombre de un célebre club nocturno de San Juan de Puerto Rico.

Bob partió uno de los cigarrillos con lentitud. Dentro apareció una especie de gragea o esferita de gelatina color tabaco. Resuelto, la echó a la boca. La engulló.

Luego se tendió tranquilamente a dormir. Sabía que el sueño llegaría pronto. El sueño de la muerte...

* * *

Los centinelas dieron la alarma al llevarle la cena.

—¡El prisionero americano está enfermo, parece como muerto...!

Fue trasladado con urgencia al botiquín de la fortaleza. El médico militar de servicio se apresuró a examinarle. Su dictamen fue concreto:

—No se puede hacer nada por él. Ha muerto... —observó la espuma verdosa de sus labios y añadió—. Envenenado.

El alcaide, Marco Salcedo, acudió a contemplar el cadáver de

Bob Simon. Luego, ordenó:

—Está bien. Llévalo al depósito, con el del yanqui fusilado esta mañana...

Para el alcaide, el incidente parecía terminar allí. Telefonó a la ciudad informando de la muerte del americano oficialmente. Luego recordó que una prisionera. Coral de Soto, había sido amiga del muerto.

—Avísenla —dijo a un guardián—. Pueden llevarla al depósito por si quiere despedirse de Simon.

* * *

Coral contuvo sus sollozos con dificultad, cuando el alcaide entró en el depósito, donde aparecían tendidos los cuerpos de Bob Simon y de Ben Russell. Con un gesto, el alcaide Salcedo hizo salir a sus dos guardianes armados. Una vez a solas con la joven, se dirigió a ella suavemente:

—No se puede hacer nada por Simon, señorita De Soto. El mismo se quitó la vida. Evidentemente, no supimos registrar bien sus pertenencias más inofensivas.

Coral le miró con odio, a través de sus lágrimas. Palpitaba su seno violentamente, llevado por la pasión.

—¡Ustedes lo hicieron, malditos asesinos! ¡Ustedes acabaron con su vida! ¡Era un gran hombre, un amigo de verdad y un hombre adorable! ¡Le asesinaron como al otro...!

—De eso quería hablarle, señorita De Soto —habló el alcaide con serenidad—, ¿Quiere huir de Victoria hoy mismo?

Boqueó Coral, estupefacta. Miró al alcaide, creyendo que se burlaba de ella.

—¿Qué tengo que hacer para eso? —silabeó despectiva—. ¿A quién debo vender o asesinar?

—Eso es lo que le pedirían Carrados o "El Virrey" —respondió Salcedo—, Pero no los leales al coronel Rojas Velasco, señorita.

—¿Eh? ¿Qué...?

—Ahora ya lo sabe —habló con rapidez el alcaide, mirando en torno suyo con recelo—. Soy un fiel servidor del coronel. Hoy estallará la revuelta en la isla. La señal tengo que darla yo desde aquí. Será un fuego en la torre. Victoria luchará por su libertad. Se anticipará incluso a "El Virrey". Dos países antillanos nos ayudan en

este golpe audaz. Hay patrulleros navales y unidades de guerra patrullando frente a estas costas en espera de la señal. Cuando esto suceda, quiero que usted esté fuera de la isla, señorita De Soto. Se ha ganado el derecho de volver a su tierra. Y también Ben Russell.

—¿Eh? —musitó ella, muy pálida—. ¿Ben Russell? ¿El yanqui? Pero si he oído que... fue fusilado esta mañana...

—Mire —avanzó el alcaide hasta la mesa cubierta con una sábana. Mostró un cuerpo cosido a balazos—. No es Ben Russell. Era otro el fusilado, un criminal vulgar. Hice extender la especie. Russell está oculto, esperando salvarse.

—¡Dios mío! ¡Y Simon se envenenó por creerlo todo perdido!

—Es lamentable que sucediera así. Un G-man se salvó... y otro muere. Era el destino. Simon no tuvo serenidad. No quiso esperar...

Coral dejó rodar dos gruesas lágrimas por sus mejillas. Miró nuevamente a Bob Simon.

Luego, lanzó un grito agudo. Estaba contemplando la puerta del depósito. Y en ésta aparecían ahora dos personas harto conocidas: el capitán Morán y el gobernador Valdés. Ambos armados. Ambos apuntando fijamente al alcaide Salcedo.

—Lo imaginaba, alcaide —silabeó el gobernador—. Usted nos traicionaba. Sabía que había alguien en la fortaleza, pero ignoraba quién. Ahora lo sé...

Salcedo, sorprendido, muy pálido, se humedeció los labios, mirando a sus antagonistas, dueños súbitos de la situación.

—Bien. Parece ser que ganan definitivamente. ¿Qué van a hacer conmigo?

—Lo que usted no hizo con Russell. Luego buscaremos al yanqui y será fusilado, esta vez sin remisión. Hizo mal en cruzarse en el camino de "El Virrey", alcaide. Su causa es una causa perdida...

Coral se ocultó el rostro cuando adelantó su mano armada Morán para ejecutar la implacable sentencia sobre el alcaide que les traicionara. En el depósito de cadáveres de la fortaleza parecía difícil que nadie pudiera intervenir para salvar a Salcedo.

Y Coral sabía que ella seguiría en la lista sangrienta. No dejarían vivo a un testigo tan importante...

CAPÍTULO 10

EL súbito fogonazo fue como el estallido de un "flash" o el fulgor de un magnesio voluminoso, cegador.

Se cubrieron los ojos deslumbrados, tanto Valdés como Morán, e incluso Coral y Salcedo...

Luego, lo increíble sucedió. Como una escena de pesadilla, como un prodigio alucinante, más allá de lo humano y de lo verosímil.

Bob Simon saltó de su mesa de muerte, repentinamente dotado de vida, para abatirse como un tigre encima de ambos hombres. Disparó Morán, pero sin precisión, y la bala no alcanzó al alcaide.

Este, lívido, presenció cómo Bob descargaba un formidable impacto al hígado de Morán, y luego, doblándole el brazo armado, que el policía no quería doblegar, le forzaba a disparar contra sí.

Tras el estampido, Morán osciló, con expresión atónita, de incredulidad. Poco a poco esa expresión se petrificó en su rostro tirante. Luego se derrumbó, con la sangre brotando tumultuosa de su herida.

Entre tanto, Héctor Valdés alzaba desesperadamente su pistola con Simon. Disparó, pero cuando Coral, con energías indómitas, se lanzaba en tromba sobre él, derribándole aparatosamente.

Quiso incorporarse Valdés, jurando rabiosamente. Coral le atacó, arañando su rostro, destrozando sus gafas sin contemplaciones. Gritó el atacado... y en las uñas de Coral se quedó enganchada su negra barba.

Ella tiró del postizo, llena de asombro. Tras la barba saltó la peluca, medio desprendida. Ella la quitó del todo. Salcedo y Coral contemplaron el resultado sin dar crédito a sus ojos.

—¡Dios mío! ¡Todo era falso, postizo...!

—Sí —asintió Bob Simon, jadeante aún y con el color de la

muerte alterado por un leve tono rosado en las mejillas—. Todo, incluso esas adiposidades, que ya a mí me habían parecido antes como almohadillas o espuma. Y lo eran. Yo sabía que Héctor Valdés, "El Virrey"... era también Raúl Ribera, el exportador e importador, gran amigo de los americanos.

Raúl Ribera, el nuevo personaje que emergía tras el disfraz, se incorporó, buscando de nuevo el combate. Esta vez no podía sorprender a nadie.

Salcedo, el alcaide de la prisión, fue quien disparó su propia arma. Fría, deliberadamente. Dos, tres disparos seguidos, a quemarropa.

Tosió, jadeó Ribera, convulso, llevándose las manos al vientre, al pecho agujereado. Como si no pudiera creer que moría, que estaba ya destinado a la eternidad.

—No... no puedo... morir... —jadeó—. ¡Yo, no! ¡Soy... soy "El Virrey"...! ¡Yo era el destinado a... regir Victoria! ¡Mi... sueño... de toda... una vida... estúpidamente... roto...!

Cayó de bruces, inmóvil, muerto. "El Virrey" había terminado su siniestra carrera.

Bob Simon respiró hondo. Se volvió al alcaide y a Coral.

—Una doble personalidad. Creo que Valdés adelgazó extraordinariamente y llegó a afeitarse su barba, a teñir su cabello, por crear un nuevo personaje, un hombre simpático, apreciado por todos, que le fuese útil para sus ambiciosos proyectos: Raúl Ribera. El auténtico personaje era Héctor Valdés, el gobernador. Pero entonces ya tenía que llevar barba postiza, peluca y postizos que le hinchasen para seguir siendo el Valdés que todos conocían... y el Ribera creado para espiar, informarse y saber todo lo que fuera beneficioso a su loco plan de "El Virrey".

Y Bob Simon prosiguió, tras una breve pausa:

—También así logró establecer dentro de los Estados Unidos una supuesta serie de agentes o corresponsalías comerciales, que no eran en realidad otra cosa que su red personal de ladrones y contrabandistas de armamento robado al país, así como su negocio de exportaciones e importaciones, que le permitía posteriormente el traslado fácil de todas las armas robadas, desde suelo norteamericano hasta la isla de Victoria, donde él las recibía y distribuía a sus leales. Esa red será desarticulada ahora

definitivamente. El F.B.I, se ocupará de ello en cuanto reciba mi informe y el de Humphrey y Crayne, una vez liberados.

—Tú... lo sabías ya... —susurró Coral.

—Sí. Lo sabía ya cuando fui a verle anoche. Fingí querer huir, cuando lo que pretendía era ser encerrado con Russell para proporcionarle la fuga por medio de las grageas que producen la muerte aparente durante un breve espacio de tiempo, truco que es el que yo utilicé aquí hoy.

—Parecía realmente muerto, Simon.

—Sí; es una droga eficaz. Como el fósforo concentrado, inflamable, que levantan mis fósforos al prenderse. Eso cegó a Morán y a Valdés cuando le atacaban. Yo hacía poco tiempo que había recobrado el conocimiento y esperaba el momento oportuno de actuar. Así supe que usted, alcaide, está con nosotros.

—¿Cómo supo que Ribera y Valdés eran la misma persona?

—Había varios indicios. Por ejemplo, él era el único que vio a Alma hablar conmigo en voz baja en el Tropicana. Así pudo presentarse con sus esbirros cuando yo la visitaba a ella. También era el único que podía saber que los agentes federales Humphrey y Crayne iban a examinar las cargas en el puerto y les hizo seguir, dejándoles fuera de combate. Después, cuando le visité, cometió dos errores: el primero, dar la señal de mi presencia en su despacho a alguien del exterior, atascando intencionadamente la persiana. Yo no podía dejar de advertirlo. Luego, me mostró unas supuestas señales de violencia, que atribuyó a los sicarios de Carrados, por si yo me fijaba en ellas. En realidad, eran "mis" señales de cuando le golpeé y oprimí su cuello, siendo él Héctor Valdés. Luego, al ser capturado para que me aguardaran, cazándome dócilmente. Nadie más sabía que yo iba dentro del fardo.

—Ribera y Valdés, Valdés y Ribera. Y "El Virrey". Tres personalidades a cual más siniestra...

Pensativo, el alcaide se volvió hacia la entrada del depósito, donde aparecían sus hombres armados, atraídos por el tiroteo.

Aquéllos, sin duda, eran sus leales, porque el alcaide les hizo un rápido gesto. Y dio la orden:

—Prended fuego en la torre. Es la señal por la libertad de Victoria. El coronel Rojas Velasco se sentirá hoy feliz... ¡Vamos, mis valientes amigos!

Los policías corrieron a cumplir la orden. Bob Simon y Coral se miraron.

—Y nosotros..., de regreso a tierra americana —dijo ella.

—Sí —asintió Bob—. Nada haríamos ya en esta guerra. Victoria misma resolverá su destino, y estoy seguro de que lo hará del mejor modo posible. Tal y como merecen sus gentes.

—Ben Russell espera, oculto en mis propias habitaciones —informó Salcedo—. Le haré salir ahora mismo. Hay equipos de buceadores y hombres-rana en la fortaleza. Utilicen la salida del desagüe al mar. Yo haré señales a uno de los buques de patrulla que nos ayudan para que recoja a ustedes tres. Y buena suerte, amigos.

—Gracias, señor —Bob Simon le estrechó la mano con calor—, ¿Sabe una cosa? Yo vine a esta tierra pensando rezar una oración por Ben Russell, por todo recurso. Y vuelvo a los Estados Unidos con mi amigo sano y salvo. Parece un milagro.

—Sí. Todo lo de ustedes, los hombres del F.B.I, parece milagroso a veces.

—Yo diría que en esta ocasión fueron ustedes los hispanoamericanos, con su fe y su confianza en la libertad de los hombres, los que lo hicieron posible. Dios les bendiga, amigos.

* * *

La costa quedaba ya lejos, apenas una línea rocosa sobre el oleaje del Caribe. Puerto Caribe hervía en explosiones, tiroteos e incendios.

Era la guerra civil por la libertad del país. Rojas Velasco, jugando su gran oportunidad.

Bob se despojó de su equipo de goma, sentado en la cubierta del patrullero armado que les llevaba a toda máquina fuera de las aguas jurisdiccionales de Victoria. Más allá, Ben Russell, pálido, pero animoso, se apoyaba en la borda contemplando el lugar donde pudo haberse quedado para siempre.

Coral se acercó a Bob lentamente.

—La guerra es siempre horrible —se estremeció ella.

—Sí, pero a veces hace falta para purificar un poco el ambiente podrido. Creo que esa lucha será rápida, y que pronto ganará Victoria la paz definitiva, la que merecen hombres como Rojas Velasco y Salcedo...

—Y nosotros, de regreso al mundo normal —suspiró Coral.

—Eso es —la miró sonriente—. De nuevo, la lucha, de nuevo a abrirse camino por la vida, Coral. Me dijiste que no tuviste nunca nada ni nadie.

—Es verdad, Bob.

—Coral, vente a los Estados Unidos. Puedo encontrarte un trabajo.

—¡Oh, Bob, sería maravilloso! ¿Cerca de ti?

—Creo que sí será posible eso.

—Aunque no te guste..., me conformaré con verte a menudo, Bob.

—Te dije una vez que no me gustabas..., pero no te dije que no te quisiera.

—¡Bob!

—Y te quiero. Coral. Te quiero.

La rodeó con sus brazos. El prieto cuerpo de la bronceína joven se adhirió al suyo. Y los labios de ella a los de Bob.

—Mi vida... —susurró la joven—. Mira, ya tenemos para nuestra boda.

Sepultó la mano en el pecho. Extrajo algo: un fajo de billetes de cien dólares. Bob dilató los ojos asombrado.

—¡Coral! ¿De dónde sacaste eso?

—Oh, no devolví todo el dinero a Rizo aquella noche —rió ella—. Ni tampoco lograron quitármelo en la prisión...

Reía de buena gana. Bob Simon estuvo tentado de tirárselo al agua. Pero luego, contagiado por ella, también se echó a reír.

—Eres incorregible, pequeña... —murmuró, besándola de nuevo—. Ahora olvida el dinero, ¿quieres? A mi lado no necesitarás preocuparte más por nada...

—Sí, Bob... —musitó arrobada.

Ben Russell se volvió para hablar con su compañero por vez primera tras el salvamento milagroso. Descubrió que no podía hacerlo. Bob y Coral seguían besándose, sin acordarse de nada ni de nadie.

Meneó la cabeza Russell con una mueca.

—Han ganado a un federal al que creían muerto —gruñó—. Y pronto van a perder a otro en su lugar...

Pero Coral y Bob Simon tampoco le oyeron.

Victoria, en la distancia, era ya una simple línea de espuma en el azul antillano.

FIN



UNA DE LAS COLECCIONES MAS
SOLICITADAS POR USTED SE LA
OFRECE AHORA

BOLSILIBROS EASA

EL SELLO DE PRESTIGIO. BUSQUE
LA ARDILLITA PARA TENER LA
GARANTIA DE UNA CALIDAD UNI-
CA EN BOLSILIBROS.

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36Th Street Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P **20** PTS.